

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 9

26 DE ABRIL DE 1874.

AÑO I.

CARTAS INÉDITAS

DE

DON JULIAN SANZ DEL RIO.*

A la amabilidad del eminente profesor de la Universidad de Madrid, don Francisco de P. Canalejas, debo las siguientes cartas y la importante nota sobre el sistema de Hegel que les acompaña. Ninguna de ellas cede en interés á las ya publicadas, y á todas aventaja la referida nota, cuya profundidad y acertado criterio no podrá menos de llamar poderosamente la atención del lector.

MANUEL DE LA REVILLA.

CARTA V. (1)

Sr. D. F. de P. Canalejas.

Mi muy querido amigo: Hallo, por ventura, hoy mismo un momento vacante, y pongo en él á V. y su carta y mi respuesta, y me descargo con esto de la conciencia de la amistad. No sé cuándo volvería otra buena coyuntura, y áun ésta es muy corta para mi deseo.

Leo con vivo goce que el ánimo de V. está tranquilo, y si no en todo su lleno de vida, contento al menos con ese presente y Mundo que le rodea. Y gozo en saber esto tanto más, porque en ello está la pesadilla en que me trae la memoria de V. frecuentemente; y sobre esto pregunto de propósito á Miguel. Por el espíritu de V. no tengo cuidado; por el ánimo y el humor sí, aunque espero que los santos é íntimos afectos de la familia, y el trabajo vivo intelectual, y la esperanza del porvenir, y áun el saber cuán de véras le queremos todos, han de acabar por espantar ese demonio interior que se ha agarrado á los ribetes y puntas del espíritu, al ánimo de V.

Buena señal es de esto la ocupacion viva intelectual de que V. me habla, y de la que tomo para mi cuenta muy especialmente la parte que me interesa más de cerca: las conferencias filosóficas con algunos aficionados. Tómelas V. en buen hora, y áun hágase ley de tomarlas, como grata ocupacion en momentos vacantes de deberes más

urgentes: porque la *espontaneidad* de espíritu es como la puerta y entrada formal de todo trabajo filosófico. Y esto sentado como modo de obrar, hágase V. luego *ley* de esta *libertad* en el tiempo (que alguno siempre queda vacante) y en el modo de trabajar; lo cual, aunque parece difícil de juntar con lo primero, yo pienso que se juntan admirablemente uno y otro.—Luego, ya sea sobre el libro de Tiberghien, ya ampliando, si no todas, algunas lecciones más capitales del programa que envié á V., tiene hartó para pensar y hacer pensar á sus oyentes.—Y yo deseo que halle usted, ó ellos, dudas, dificultades, oposiciones en lo que lean sobre esta doctrina, y deseo muy especialmente que me diga *sumariamente* en qué estriba el nudo que pueda encontrar (que no dudo que hallará algunos), con lo cual me mueve á pensar y á contestarle, y nuestra correspondencia es grata y provechosa á la vez. Para ello, pues, ofrezco enteramente y decididamente mi contribucion.

Aun le añado que en sus conferencias amistosas se esfuerce V. por dar á la conversacion el carácter de duda, cuestion é indagacion libre y áun comun sobre ello, mejor y ántes que de afirmacion dogmática. No lo digo sin motivo, y áun espero que no sin grandísimo fruto para usted, si decide y ensaya en dar ese corte, de cuando en cuando, á su pensamiento.

Trabajo con gusto, y no sin fruto, aunque un poco limitado por el cuidado de conservar la salud. Pero hoy por hoy no siento ganas ni comozon de escribir, lo que se llama para el público; que para mí, para algunos amigos y para la clase, nada pienso que no lo escriba, y entreveo que se va haciendo de todo un tejido y fondo demasiado claro y vivo en mi pensamiento para que uno y otro día y en su punto de madurez no *quiera ello de suyo* y áun me inste á vestir de publicidad lo pensado y escrito para la propia conciencia. Pero eso sobrado lo pedirá la cosa misma para que yo me anticipe á ello; puesto que hoy por hoy lo que pido es paz y libertad de espíritu, y cuando más la suave y bienhechora animacion que me viene de algunos amigos y de mi deber oficial y áun, como en ruido y voz lejana, del público tambien.—Mas por el prurito de la opinion pública del día, me siento poco movido á hacer lo que no toca ó no puedo hacer bien. Y si he es-

* Véanse los números 3, 5, 6 y 7; páginas 63, 133, 161 y 193.

(1) Escrita en 23 de Marzo de 1862.

crito alguna vez, ha sido á regañadientes y disgustándome entre mí mi propio trabajo. Y si usted (ó mejor, V. no que me conoce, sino algun cualquiera) dice que esto es falta de vida ó de energía intelectual; así podrá ser, pero yo *para mí* no me doy aún por muerto. Hegel y el cristianismo me ocupan mucho para mis adentros, y las soluciones positivas sobre estas gravísimas cuestiones van todas á parar en Krause: y aunque miro y remiro si habrá preocupacion mia en esto, no la hallo hasta hoy.

Siempre de V. afmo.,

JULIAN S. DEL RIO.

Habrá V. recibido unas notas sobre la familia que di á Miguel para V. Es un puro fragmento muy incompleto y á medio pensar; pero expresa bastante el espíritu filosófico en esta grave cuestion; que era mi sólo fin: fijar algunas ideas que dieran lugar á completarlas en su día.

CARTA VI. (1)

Sr. D. F. de P. Canalejas.

Mi querido amigo: Deseo escribir á V. ántes de su vuelta, y aún con mayor gusto lo haria si necesitara contestar á observaciones que á V. le hubieran ocurrido sobre la nota remitida acerca de Hegel, porque el asunto es grave; V., en su vocacion de filósofo y con su especial disposicion para el caso, puede dar enteramente su espíritu, de vez en cuando, á estas ideas (si sus otras atenciones no le permiten más), y aunque otras muchas notas he escrito sobre Hegel, ésta y cualquiera dan harto motivo á observaciones é indagacion, que es mi único deseo entre los dos, no de ninguna manera el de la aprobacion ó el silencio. Yo, y aún de seguro ambos, ganamos mucho en toda discusion recíproca, donde sólo reina el amor de la ciencia, y el de fundar en esta sola ley la mutua conviccion.

Y digo que el asunto es grave, primero y relativamente para la historia presente, porque la lucha existe y crece, tanto y aún más que por el esfuerzo desesperado de los enemigos de la ciencia (que aún con todo no es sobrado para velar siempre y estar alerta), por la profunda necesidad del espíritu moderno, que aunque hoy se disimula con el ruido de la vida exterior el vacío y silencio interior, éste se anuncia con señales que no permiten al hombre serio descansar ni adormecerse en una liviana ó egoista confianza.

Despues es grave, y aún más que por lo anterior, porque hoy la ciencia segun razon, ó la Filo-

sófia, ha salido de la esfera limitada de ciencia y especulacion teórica en que ha vivido principalmente hasta aquí, para ser ciencia tambien efectiva de la vida, y llevar sobre sus hombros y á su manera todo el peso del destino humano. Donde es muy capital notar que la Filosofía, en el porvenir, deberá ser ciencia de la vida; no tal por modo de ajustamiento y acomodamiento empírico de tal ó cual consecuencia filosófica á la vida de un día, ó de uno ó aún muchos siglos, lo cual siempre se hizo y no basta, sino siendo otra vez para ello más y más alta y cualificada y universal Ciencia que nunca ántes lo fué; y en cuanto á la vida, siendo de todo en todo la Ciencia de ésta y segun ésta, y todo ello en unidad y bajo una Ley. Y este más comprensivo concepto que lleva y obliga nada ménos que á salir del Idealismo aislado en Filosofía, y á saber de una vez si la experiencia, la Historia, la naturaleza, caen real y verdaderamente y *quedando tales* como son, bajo razon y ley y concepto racional-real, y segun qué suprema absoluta razon es posible reconocer y construir sistemáticamente esta misma relacion, dejándola sin embargo en toda su verdad, trae á la Ciencia por lo ménos tres nuevos miembros, que del modo como se presentan y en lo que hoy exigen del pensamiento (la *realidad histórica*; la *relacion* real, y en sí propia, sustantiva y permanente, con la Idealidad; la *unidad* de esta relacion, tan sustantiva y real en su aspecto opositivo como en el negativo) no se han presentado ántes, y sobre lo cual los esfuerzos de la Filosofía hasta Hegel abren camino para la obra, pero en cuanto al cabo y en definitiva mudan el estado de la cuestion miéntras la obra, y no alcanzan ni tocan á la realidad (aunque suenan *la palabra*), sino que se quedan ó se ladean fatalmente á la Idealidad subjetiva, no levantándose, ni aún en esta esfera, á la Racionalidad y Razon objetiva, lo cual es muy otra categoría lógica, aún siendo con la idealidad del mismo género del Espíritu.

Y la gravedad interna de esta cuestion crece de punto, cuando mirando atentamente y con conciencia sincera en ello, hallamos que la cuestion así pura y *francamente* puesta (que es como la pone hoy, á su modo y con una razon muda pero viva, el sentido comun ilustrado y todas las ciencias históricas), pide decididamente rehacer y enderezar enteramente todo el edificio, todo el procedimiento, desde el centro á la circunferencia. Y esto es de lógica, no cualquiera, sino absoluta, en la cosa y cuestion misma.

Este modo de ver, que en mí se ha hecho dominante desde que mi salud y la renuncia á otras atenciones me han permitido dar otra vez todas mis fuerzas á esta santa y divina causa, expli-

(1) Escrita en 18 de Mayo de 1862.

cará á V. en parte que yo, áun ahora que trabajo mucho más (y para mi fin con más fruto) que nunca ántes, atienda más á pensar y á alimentarme con la conversacion científica de algunos sinceros amigos de la Filosofía, que en mostrar mi pensamiento y escribir para el público (aunque ya en la cátedra hablo cada vez más clara y decididamente en el sentido de un *Realismo racional* aplicado á la Historia).

Sobre esto, y pues á amigos, como V. lo es de todo corazón y de todo espíritu, doy con sumo gusto cuenta de mi conducta, le diré en breve que, habiendo alcanzado este año nueva y profunda claridad sobre el verdadero sentido del pensamiento de Krause, me he propuesto y cumpla hasta hoy fielmente, primero, rehacer en mi espíritu paso á paso toda la ciencia sintética; despues y como al eco de este trabajo, tomar puntos de partida libres de pensamiento con ocasion de todo lo que leemos entre los amigos, ó de discusiones que ocurren, y obrar en esto como de pensamiento propio, escribiendo prolijamente todo lo así pensado, obrando como quien construya por ambos lados, libremente, los miembros de un organismo, esperando á que ellos mismos por su concierto natural, si lo hay, se combinen en una superior construccion. Unicamente, y con ocasion de los programas y de los Manuales, me ensayo con algunos jóvenes estudiantes filósofos en hacerles comprender, lo más fácilmente posible, el procedimiento analítico; en lo cual observo que adelanto yo mismo mucho para mí. Y el resultado de este trabajo va formando una recomposicion y ampliacion entera de los Manuales.

Ya concibe V. que, atento á rehacer mi pensamiento libremente, y aunque escribo todo lo que estudio ó pienso, no puedo hoy darle el carácter externo de expresion, áun siendo decididamente filosófico (como creo que sufre sin violencia nuestra lengua bien manejada) ni la forma que se llama grata al público. Espero, sin embargo, que Dios y la salud y el tiempo ayudando, podré comenzar este otro camino el año que viene. Entre tanto, déjeme V. en paz conmigo sobre este asunto; que entre mi natural deseo de decir mi pensamiento en el foro público, y la instancia para mí muy poderosa, de mis amigos, puedo caer en tentacion de hacer algo precipitadamente y fuera de su *propio tiempo*. El Idealismo superficial se peña al instante de cualquiera idea que le impresionan, y no sosiega hasta que la ha arrojado á la luz. Pero la razon filosófica, para conservar hoy ante la *razon pública* histórica su puesto de derecho de ser la primera y la superior, tiene más altos y más graves deberes.

Concluyo deseando que V. piense de vez en

cuando, de todo su pensar, en estas cosas, y si halla sérias y al parecer invencibles dificultades (que si las hallará) me diga en breve y claro y preciso su cuestion, y yo diciéndole lo que sepa, ó quizá continuando la cuestion misma, quizá hallemos, no precisamente ideas más altas ó más claras, lo cual es poco, sino evidente verdad é inmutable conviccion, de lo cual *en general*, estoy seguro que es posible. Si viene V. el año próximo, habrá ocasion de hablar sobre esto con regularidad alguna hora cierta en semana ó cosa por el estilo, si otra cosa no lo impide.

Memorias á la familia, y de V. siempre de corazón su afectísimo

JULIAN S. DEL RIO.

CARTA VII. (1)

Sr. D. F. de P. Canalejas.

Mi querido amigo: Me regocija verdaderamente y me anima la carta de V. Andando, como ando, por gusto y profesion, en largos y cortos viajes por este mundo del pensamiento, confieso francamente (*para mí*) que he hallado un Norte fijo, un punto claro y firme; y aunque á veces me extraño yo mismo de atreverme á pensar esto, cuanto más miro y remiro en ello, más me aferro en mi *manía racional*. Y si en este exámen de conciencia dejo á un lado causas, influencias, intereses, circunstancias, preocupaciones objetivas y subjetivas—y la más íntima de éstas, el amor de la *propia opinion*,—si me pongo, si cabe decir, enteramente en razon de mi libertad, entónces, no sólo me afirmo en la seguridad y claridad de mi pensamiento, sino que hallo que este mismo estado de libertad racional, con que procuro probar por este lado mi pensamiento, es precisamente la forma *interna* de este mismo pensamiento y es su testimonio y prueba adecuada. Y repensando sobre este estado de mi conciencia, hallo que mi conviccion filosófica de hoy, en esta forma concertada interior (en que se muestra inmediatamente por cualquier aspecto en que se refleje), no es ya una mera conviccion teórica ó ideal, sino que sobre esto, y aún *para ello*, es una conviccion *de conciencia* racional, en razon de mi sér y realidad. Y esta reflexion se confirma cuando bajo ella reconozco todas las particularidades, ó diferencias, ó relaciones ulteriores, ó estados anteriores de mi espíritu, con ojo positivo, seguro, aunque general, estimándolos en lo que valen y en lo que no valen, sabiendo el camino para rehacerlos ó enderezarlos, reconociendo que este camino debe

(1) Escrita en 5 de Junio de 1862.

comenzar *ab ovo*, y no desanimándome por ello de hacerlo, ni ocurriéndome siquiera que para ello pueda faltarme ó sobrarme tiempo, á lo cual ya ha previsto y provisto el pensamiento que me guía, mostrando con irresistible verdad, en tal razon, que el tiempo real es el que hace de sí y da de sí la cosa, y en este caso yo mismo (el Objetivo real Yo, y en razon de ello el subjetivo individual yo), pensando mi verdad en mi testimonio y sobrepensándola en la razon, que este mismo testimonio implica é indica, pero no prueba, ni da *à priori*, ni define: la razon de absoluta realidad y verdad.

Mas este exámen de conciencia, aunque verdadero en sí, cuanto cabe serlo—como hecho-testimonio de conciencia,— y aunque *para mí* absolutamente verdadero, y el único *en mí* dado y posible, y por lo mismo inomisible é insustituible por ningun otro pensamiento, ni aun por el pensamiento de lo real-absoluto, no es todavia el pensar mismo en sí, ni la verdad misma en sí, *bajo* la que yo pienso y reflejo en mí—en reflexion *racional*—este testimonio que me doy de mi ciencia; y aunque mi testimonio es *esencialmente (verdaderamente)* segun ella, ó es reflexivo en razon de ella, ni es ella misma, ni es el pensar mismo de ella, ni este pensar es aquel testimonio. Por esto me afirma y confirma este testimonio en mi conviccion filosófica, pero ni la llena ni la prueba, ni la satisface, ni la sustituye, ni ménos la excluye, ántes bien (y en esto prueba otra vez *ad unguem* que es testimonio de verdad) la busca con positivo, inextinguible, seguro *entusiasmo racional* (no con entusiasmo de la fantasia) y con cierta esperanza de verdad, sin que á ello obste la certeza, igualmente absoluta, de que en esta vida y camino de la inteligencia el andar es eterno, infinito; basta que sepa que no es ya el andar del *Judio errante*, ni el vagar aventurero, frívolo y egoísta de la fantasia, ni el movedido ir y venir, sin norte ni rumbo, ni principio ni fin cierto, del entendimiento y el Idealismo abstracto. Esto basta, y áun sobra, para la seguridad de mi conviccion y para animarme en mi camino.

Otro afán y anhelo íntimo despierta en mí esta conviccion (que como hombre debo principalisimamente á Krause, *vir planè divinus*, y de que debo dar aquí testimonio); el de comunicarla con algunos espíritus bien dotados para el caso, y dispuestos y libres de intereses ú ocupaciones preferentes, ó de ideas enteramente hechas, cerradas (que hayan acabado su historia intelectual). Y esto, aunque es más difícil de lo que parece, por la rareza *actual* de tales espíritus; por la dificultad de que un individuo se ponga tan en claro y libre y propio consigo, como en parte (y á lo

ménos para entender y pensar en razon pura, y razon del entendimiento, y razon de la fantasia, y razon de la historia misma y de la naturaleza, áun en nuestra individualidad, todo ello en unidad y ecuacion orgánica de pensamiento y en absoluta libertad) es necesario para el fin; y porque yo mismo, aunque cierto y claro en mi conviccion, estoy aún poco ducho en mostrarla al interlocutor, segun su individual racionalidad; todas estas graves dificultades, juntas con la imposibilidad, en mi estado de salud, de hacer grandes esfuerzos, no me retraen de probar el camino con tal ó cual amigo; seguro como estoy, por lo demas, que esta doctrina debe aún por largo tiempo vivir latente y arraigándose, y aunque se *trasluzca* al público (sobre todo en el exámen crítico riguroso de doctrinas diferentes) no debe ni puede hablar directamente en público, y ménos en el nuestro. Es muy fuerte, muy delicada y muy profunda para esto; seria viciada y corrompida, si no entendida; y además *no lo necesita*, bastándose á sí misma en la conciencia de un hombre, como en la de dos, como en la de mil. Tiende, sin duda, á ser doctrina pública, pero en *forma racional*, y por sus pasos, y no de otro modo. Mas esta *relacion exterior* no la preocupa, llevando, como lleva, en su propia verdad y vida su *tiempo* y su ulterior fecundidad.—Los amigos saben ya bien esto, y obrarán conforme á ello en adelante, sin hacer gran caso del relámpago brillante del Ateneo (que fué hijo más bien de una precipitacion, que propósito deliberado).

Pero esta se acaba, cuando propiamente aún no ha comenzado, y no hay tiempo para más. La cierro, pues, (y seguro que acordándome, como me acuerdo, de V. no faltará algún cuarto de hora para escribir de nuevo), añadiéndole que por el hilo de ésta sacaré V. en parte el ovillo de lo que quiero decirle; y advirtiéndole que si podemos jugar con las *Ideas*, con la *Razon* no podemos, porque *razon obliga*; que tenga con su espíritu *inmensa* paciencia y libertad de pensamiento; que de lo alto baje frecuentemente á lo llano y comunísimo y lo contrapruebe uno por otro, cada uno á su modo y segun su *razon*, donde la unidad se dará ella misma á conocer, sin buscarla el sujeto; que siga V. su camino de cuestion y contradiccion (el único *interno* y *sustantivo* camino de la verdad); pero que precise y razone una vez y otra su cuestion misma; que busque, si puede, con quien hablar de vez en cuando reposadamente sobre estas cosas; y por último que se acuerde alguna vez de su afmo.

JULIAN S. DEL RIO.

NOTA SOBRE HEGEL

CITADA EN LA CARTA SEXTA.

Es su sistema la definición de conclusión, en clara y sistemática y universal conciencia, de toda la filosofía anterior, (incóscia ó semi-cóscia de sí en el intermedio de su acción) como según la ley divina de la historia debe ser y suceder ántes, y para que se enlace en la legitimidad y lógica histórica (en ordenada racional continuidad) con la Filosofía é Historia de la filosofía pasada, la Filosofía é Historia de la filosofía venidiera que comienza en y con Krause. Toda la Filosofía desde Kant vive y obra en el lúcido presentimiento de la manquedad radical del principio secular hasta entónces:—el sujeto en su pensamiento é idea, como principio y supuesto tácito (aclarado como tal y sucesivamente hasta Hegel), como medio (en su puro pensar y concebir é idea como suyo y por fuerza y virtud de puros pensamientos), como fin (la convicción cerrada, conclusa, dogmática del sujeto) de la Filosofía.—Kant muestra con agudísimo y penetrante ojo hasta en lo hondo y entrañas de la Filosofía, las contradicciones insolubles, las imposibilidades invencibles en que la Filosofía vive envuelta, implicada por su parcial y manco principio. Pero Kant entiende y muestra todo esto como producto de su propio espíritu y convicción, sin saberse sobre esto que esa misma su conciencia filosófica, y su pensamiento era el hijo íntimo y exterior histórico también del pensamiento humano fundamental y de todo el pensamiento histórico hasta el hecho, y pensado y expresado en conciencia y juicio severo, universal, el pensamiento de los siglos pasados; pero no expresaba el pensamiento racional de la humanidad misma, el pensamiento racional absoluto, el pensamiento absoluto en su divina interioridad—sino que acercándose la historia al punto de conversión de su vida, debía desde aquel descanso más elevado extender la ojeada hácia los siglos pasados, verlos en perspectiva unitaria y concéntrica, á la luz serena que alumbraba la Filosofía en aquella altura. Por eso el criticismo de Kant sacude y remueve al mundo antiguo (filosófico) sin crear nada, se encierra con sublime resignación en las contradicciones que describe con verdad histórica.

Fichte concluyó (y era natural la obra bajo la misma impresión subjetiva) el *Yo* como absoluto, como el único medio que restaba á la Historia pasada de ser lógica, consecuente en lo que había hecho á media conciencia, *agurando la objetividad* sin pensarla realmente ó pensando en ello realmente su propio sujeto, no siendo conocida en la razón (en su necesidad).—Fichte, encerrado en el mismo

círculo y principio que Kant, pero franco, cóscio y preparado por Kant, no viendo la sombra de Dios, si no ha de ser más que sombra, sabiendo ya que el Dios de la filosofía hasta allí era un Dios de figura y artificio, una proyección semi-lúcida del sujeto, y estimando más el sujeto real y su inmediata real conciencia que un Dios intelectual y abstracto, aunque fuera el Dios de todos los siglos... pone franca y sistemáticamente el sujeto (el *Yo*) como el absoluto, y Dios como una relación moral; fuerza admirable que limpia el santuario de la conciencia del sujeto, la pone en el caso de que si ha de dar un paso y conocer realidad y conocer á Dios, ha de conocerlo con evidencia igual y tan necesaria como el sujeto se conoce, y si no, no puede fundar nada, ni regir la vida. Aquí está su fuerza impulsiva, aquí su voz, que resuena en la Historia universal, sin que importen las acusaciones que se le hacen.

En Schelling resuena pronto y vivo este sentido positivo y necesidad lógica, porque la historia, movida de presentimiento divino de la verdad, no anda, sino que vuela.—Schelling se arroja con toda la fuerza de la idealidad comprimida un momento en el sujeto de Fichte á concebir positivamente lo absoluto. Pero así sale ello como es la prisa y el empuje, porque preocupado con Fichte concibe primero el objeto y el absoluto, según razón de igualdad é identidad con el sujeto (paso lógico, sin duda, aunque no bastante á resolver la cuestión, ni desatar el nudo), razón que no lleva en sí una realidad trascendental, razón que bien mirado toma su fuerza del sujeto y viene fácilmente á recaer en la idealidad antigua; razón que no comienza la obra en el sujeto mismo, en *racionalizarlo*, en referirlo en el mismo, sin salir en la esencia de él, ántes bien, afirmándolo, confirmándolo en el mismo, á su razón necesaria de ser, y por tanto como tal razón necesaria, superior á su mera subjetividad, la cual sin esta razón y racionalización de ella misma, no pasa de ser una posición pura, un *Yo* que se pone, un *Yo* ponente y puesto, sabiente y sabido, y no es un principio positivo racional de ciencia, no da paso de sí á nada, es un nudo, puro, absoluto *Yo*.

Hegel, cuya Filosofía toda es Filosofía de la Historia, ¿qué otra historia podía sintetizar más que la pasada?

Hegel diciendo: el *Sér*, la realidad, es el pensamiento, la idea, y no la idea de la realidad, sino absolutamente la Idea, es pensar esencial, vivo y activo; fórmula con conciencia y en forma lógica sistemática, el fundamento incóscio de todos los siglos pasados filosóficos y la conclusión legítima histórica de todos ellos, de toda la

Historia pasada de la Filosofía; y en esto está su alto sentido y valor insustituible y su legitimidad histórica, y está muy señaladamente el carácter interno de este sistema de subyunciones, absorciones y resoluciones ideales que es el corazón y la pulsación vital del Hegelianismo, y en él está el carácter que él mismo llama y proclama de positivismo y conciliación superior histórica y sintética, y por esto es la definición de conclusión, la llave maestra de toda la historia pasada de la Filosofía. Porque toda esta Historia, fundada en el absolutismo subjetivo, mira al mundo y lo conoce y recorre con el medio subjetivo de un pensar ideal puro que él cree que es el pensar subjetivo-real (y en esto yerra y no se conoce), y con la pura fuerza de su concepto é idea sin dar un paso más allá (en la esencia) ni más alto. Pero hace esta obra mal é irregularmente, como sin la conciencia clara de lo que hace ni de su principio. Y Hegel hace esta obra con el mismo principio, el pensamiento puro, la idea, con conciencia y sistema, y sólo por la fuerza formal del enlace (la lógica) y no por otra fuerza, alcanza á sujetar toda la realidad: Dios, la naturaleza, el espíritu á la unidad (formal) del pensamiento, que es lo más grande, lo más poderoso que puede hacer el pensamiento humano con sus solas fuerzas y sin más medio trascendental y divino que el de la lógica, lógica formal, no real, subjetiva, no objetiva, por más que Hegel lo diga, porque en vez de adecuarse esencialmente al objeto, sujeta ésta el objeto á sí, lo liquida, lo resuelve en sí; y esto no es ser objetiva sino objetiva-bajo-subjetiva; y esto no es resolver la cuestión, sino forzarla.—Pero como quiera, la lógica, aún seca y formal como es, tiene, si es sistemática y por esto, una virtud divina, y es el más íntimo y puro reflejo de la verdad real y de Dios, y es capaz de asemejar el pensamiento humano al divino, más, mejor y con más seguridad que las categorías de Schelling.

A pesar de la contradicción en la escuela, de la desarmonía entre naturaleza y espíritu, de la absorción de la individualidad, de la negación de todo principio de immanencia, de la desestima del sentimiento y la vida como algo real sustantivo, Hegel es el hijo gigante, el parto de los siglos filosóficos, y fascinará aún largo tiempo al mundo.—También es hijo del cristianismo en cuanto idea abstracta que refleja la objetividad (en el corazón y la fe y la voluntad), pero sólo en Hegel la refleja conscientemente; pero no la conoce y reconoce, y se conoce en, por y mediante ella; no la sabe con la ciencia racional de la objetividad misma, y por tanto no se reconoce á sí

mismo en toda su verdadera enfundamental razón objetiva, como objeto también racional y real, en razón del objeto absoluto, de Dios, que es el derecho, el firme, el fundamental, el racional, el armónico modo de conocer. Esto no lo hace Hegel, más bien niega esto; pero negándolo en principio, acerca más su principio al principio negado; contradiciéndolo radicalmente está más cerca de él...

Febrero, 1862.

LA MUERTE DE GARCILASO,

DRAMA LÍRICO.

PERSONAJES.

GARCILASO DE LA VEGA.

CONSTANZA, *su esposa.*

CÁRLOS V.

LARA, *capitán de los tercios españoles.*

Soldados del Emperador.—Campesinos.—Campesinas.—Monjes.—Hombres y mujeres del pueblo.—Caballeros.

La escena del primer cuadro es en un sitio campestre del Mediodía de Francia, inmediato á la villa y castillo de Frejus: la del segundo, en Niza.—Año de 1536.

ACTO ÚNICO.

CUADRO PRIMERO.

Pintoresco y vasto campamento de las tropas del Emperador.—Á la izquierda del fondo, y muy lejos, se divisan algunas casas de la villa de Frejus.

ESCENA PRIMERA.

SOLDADOS.—Luego LARA.

(Los soldados aparecen formando grupos y hablando con calor é interes.)

SOLDADOS.

¡Torpe vergüenza!

¡Duro rubor!

¡Que á campesinos luego no venza
Nuestro caudillo y Emperador!

(Viendo venir á Lara.)

Mas aquí se acerca airado

Lara, el bravo capitán:

Él dirá lo que hubiere pasado;

Pues el trance es que un puñado
De villanos burlándole están.

(Rodean á Lara que sale en ademán preocupado.)

LARA.

¡Mudable es la fortuna!

Después que honor y gloria

Sobre la Media Luna

Nos dió tanta victoria;

Hoy de Frejus la torre,
Que nadie ya socorre,
Nos cubre de baldon;
Pues, viendo el fin que aguarda,
Resiste á la bombardada
Que truena en ronco son.
Labriegos tiene por defensores,
Pero soldados parecen ser
Que las fatigas y los rigores
De la campaña pueden vencer.

SOLDADOS.

Será fuerza domeñarlos,
Pues deshonra fuera ver
Que del cetro del gran Cárlos
Humillasen el poder.

LARA.

(Tratando de sosegar su indignacion.)

Calmad esa impaciencia
Del belicoso ardor:
Hoy quedarán rendidos
Ántes que muera el sol.

SOLDADOS.

¿Y cómo...

LARA.

Que cien hombres
De arrojo y decision
Presto al asalto suban
Quiere el Emperador.

UNOS SOLDADOS.

¡Bravo! Seré uno de ellos.

OTROS.

Tambien me ofrezco yo.

LARA.

Y para insigne jefe
De tan heroica accion,
Brindóse Garcilaso,
Y al punto le nombró.

SOLDADOS.

(Dando muestras de gozo y entusiasmo.)

¡Garcilaso? ¡Victoria segura!
Palma insigne sabrá conquistar;
Que, si es vate de amor y ternura,
Es temido guerrero sin par.

LARA.

La refriega será prueba dura
Del que anhele con honra lidiar:
Quien pretenda medir su bravura
Vuele al punto, la muerte á buscar.

(Los soldados se van apresurados por diversos puntos del fondo.—
Garcilaso sale por la izquierda.)

ESCENA II.

LARA.—GARCILASO.

GARCILASO.

(A Lara que va á seguir á los soldados.)

Detente, Lara amigo.

LARA.

El noble Garcilaso ¿qué me ordena?

GARCILASO.

Que al asalto mortal vengas conmigo.

LARA.

Iré. Mas ¿cómo triste
Pareces cuando hay lid? ¿Cuál es tu pena?

GARCILASO.

Siempre, Lara, me viste
Tranquilo ir á la muerte:
Hoy temo la mudanza de la suerte.

LARA.

¿Qué dices?

GARCILASO.

Sí, mi esposa,
Mi querida Constanza,
Incauta y valerosa,
Y en alas del amor que á todo alcanza,
Hoy llega al campamento.

LARA.

¡Fatalidad!

GARCILASO.

(Triste.)

Que moriré presiento.

LARA.

(Animándole.)

¡Morir? No tal.

GARCILASO.

(Indicándole que parta.)

Pero... la gente apresta.

LARA.

Al punto voy.

(Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

GARCILASO.—A poco CONSTANZA.

GARCILASO.

Sí, ve. Mas... ¿desvario?

(Volviéndose y mirando hácia la derecha.)

¡Oh Dios! ¡Constanza es ésta!

(Sale Constanza.)

CONSTANZA.

Yo soy, tu esposa fiel, esposo mio.

(Arrojase en sus brazos. Garcilaso queda unos momentos como
anonadado.)

GARCILASO.

¿Por qué, mísera, quisiste
Ver los campos de batalla?

CONSTANZA.

Por calmar mi pecho triste
Que de afan muerto se halla.

(Con expresion de tristeza y terror.)

¡Era una noche lóbrega
Como la suerte mia!
Sola, mis mudas lágrimas,

Pensando en tí, vertía;
 Cuando veloz el viento
 Trajo remoto acento,
 Y el alma ver creyó...
 Que en lid donde espirabas
 Doliente me llamabas,
 Estando léjos yo.

Y, de mortales congojas llena,
 Ciega á tu lado quise venir;
 Diciendo el alma con honda pena:
 « Quiero, si muere, verle morir. »
 (Garcilaso la escucha con expresion de gratitud.)

GARCILASO.

¡Tierna Constanza mía!
 ¡Flérida en dulce día!
 Es tan noble y profundo tu amor,
 Que tu locura olvido,
 Y hasta perdon te pido,
 Sin poderte culpar mi rigor.

CONSTANZA.

Hoy vas á lid de muerte,
 Mas no temo la suerte
 Si me encuentro cercana de tí;
 Que en la lucha homicida
 Velaré por tu vida
 Suplicando á los cielos aquí.

GARCILASO.

(Con esperanza de triunfo.)

Fortuna risueña
 Mi egida será.

CONSTANZA.

Del triunfo la enseña
 Tu mano alzará.

(A duo.)

GARCILASO.

Si la fuerza de mi espada
 Carlos hoy por dicha ve,
 Luégo en lira enamorada
 Tu nobleza cantaré.

CONSTANZA.

Si del áspera jornada
 Retornar mi amor te ve,
 Luégo en lira apasionada
 Cantarás mi ardiente fe.

(Comienza á oírse una marcha militar, por el fondo, izquierda. Garcilaso y Constanza miran en dicha direccion. Cuando lo marca el diálogo aparece Carlos V, seguido de algunos capitanes.)

ESCENA IV.

DICHOS.—Luégo D. CARLOS.

GARCILASO.

Constanza, aquí viene
 Nuestro Emperador.

CONSTANZA.

Temo su presencia.

GARCILASO.

No la temas, no,

Porque sus bondades
 Grandes, cual él, son.

DON CARLOS.

Salud, Garcilaso.

(Con extrañeza.)

¡Una dama!..

CONSTANZA.

(¡Ay Dios!)

GARCILASO.

(Inclinándose, así como ella, ante el Emperador.)

Ante vuestra planta
 Rendido ¡oh señor!
 Os pido por ella
 Disculpa y perdon.

DON CARLOS.

¿Quién es?

CONSTANZA.

Soy su esposa.

GARCILASO.

Trájola su amor,
 Creyendo en las lides
 Ser mi salvacion.

DON CARLOS.

(Muy cortés.)

Bienvenida. Alzaos:

(A Garcilaso.)

Te quiere, por Dios.

(A Constanza.)

Mereceis por noble
 Que os admire yo.

(Con acento de commiseracion.)

En instante fatal venís, señora,
 Cuando un asalto debe comenzar
 En que el esposito fiel que en vos adora
 Va su sangre tal vez á derramar.

CONSTANZA.

Nada temo que en bárbara pelea
 Hoy su sangre leal pueda verter,
 Con tal, señor, que en vuestra gloria sea,
 Y que á su lado yo le pueda ver.

GARCILASO.

Hoy cual nunca mi acero está empeñado
 En quedar en la lucha vencedor,
 Pues al par que los lauros del soldado
 Tengo la dulce palma del amor.

DON CARLOS.

(Indicando á Garcilaso que parta.)

Vé, pues: fortuna y brio:

La gente á partir va:

Bajo el amparo mio

Constanza quedará.

(A tres.)

GARCILASO.

(Al Emperador.)

Por esa noble

Merced notoria,

Con ánsia doble
Busco la gloria.

(A ella.)

Tierna Constanza,
Piensa en los dos:
Ten esperanza:
¡Oh esposa, adios!

CONSTANZA.

(A Garcilaso.)

Tu diestra noble
Tendrá victoria,
Y en premio doble
Dichas y gloria.
Dulce esperanza
Mándeme Dios:
Piensa en Constanza:
¡Oh esposo, adios!

DON CÁRLOS.

(A Garcilaso.)

Tu ardor redoble
Buscando gloria:
Te guarda noble
Premio la historia.
Ve que se alcanza
Sólo por Dios:
¡Buena esperanza!
¡Oh bravo, adios!

(Garcilaso se va por la izquierda del fondo.—D. Carlos, acompañando á Constanza, por la derecha.—La escena queda sola unos momentos.—Empieza á oírse el fragor del combate.—Por diversos puntos salen soldados, campesinos y campesinas, que figuran ir observando los acontecimientos del mismo.)

ESCENA V.

SOLDADOS.—CAMPESINOS.—CAMPESINAS.

UNOS.

Ya comenzó el combate.

OTROS.

La lucha es ruda y fiera.

UNOS.

Mi pecho ardiendo late.

OTROS.

¡Oh quién allí estuviera!

TODOS.

Sin temor á mortíferas balas,
En los muros pusieron escalas:
Los guerreros trepando se ven.
Garcilaso camina el primero:
Ya en la torre fulgura su acero:
Sus valientes le siguen tambien.

(Transición.—Con espanto y dolor.)

Mas... ¡oh! ¡Negra suerte!

Si el triunfo alcanzó,

Por manos infames herido de muerte,
De aquellas almenas al foso cayó.

(Pausa.—Todos quedan aterrados. El Emperador sale con visibles señales de preocupación y disgusto.)

ESCENA VI.

DICHOS.—D. CÁRLOS.—A poco, LARA.—Después CONSTANZA.

DON CÁRLOS.

¡Oh victoria funesta!
¡Oh memorable, misera jornada!
¡Cuál tu gloria me cuestal
Con la sangre preciada
Del soldado mejor está manchada.

(En tono imperativo.)

¡Sús! volad, los caballeros,
Y traed al punto acá
Al que es flor de los guerreros
Que de muerte herido está.

(Algunos se van.)

LARA.

(Saliendo por la izquierda.)

Noble César, la victoriosa
Garcilaso encadenó.

DON CÁRLOS.

Mas la prez de tanta gloria
Con su sangre al fin selló.

CONSTANZA.

(Por la derecha y atligida.)

¡Es verdad, señor, la nueva
Que mi pecho hirió cruel?

DON CÁRLOS.

¡Sí, Constanza!

CONSTANZA.

¡Ruda prueba

Que hace Dios del alma fiel!

(D. Carlos mira con interes hácia el punto por donde se fué Garcilaso. Constanza quiere marchar en dicha direccion, pero le faltan las fuerzas.)

DON CÁRLOS.

Mas... aqui viene.

CONSTANZA.

Le traen... si...

¡Fáltanme fuerzas!

¡Hora infeliz!

(Garcilaso, herido, sale apoyándose en varios soldados.)

ESCENA VII.

DICHOS.—GARCILASO.

GARCILASO.

Invicto César... adorada esposa...
Mis momentos de vida fatigosa
Ya contados están...
La lira do canté mis ánsias fieles,
La espada que ganó tantos laureles...
Conmigo... morirán...

CONSTANZA.

(Con desesperacion.)

¡Le escucho y vivo?

¡Pecho cruel!

Si aquí no muero,

Nunca le amé!

DON CÁRLOS.

(A Garcilaso.)

¡Oh! no desmayes:

¡A Niza ven

Donde la ciencia

Salud te dé.

(En este momento entra un grupo de soldados y se dirige al Emperador.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—OTROS SOLDADOS.

SOLDADOS.

Noble César, los villanos
Prisioneros tuyos son;
Y á la muerte ya cercanos
Gracia piden y perdon.

DON CÁRLOS.

(En un rapto de cólera.)

Todos perezcan.

GARCILASO.

(Suplicante.)

¡Ah!... ¡Qué escuché!

¡Piedad con ellos!

DON CÁRLOS.

(Con entereza.)

No, por Luzbel:

Tu sangre pide

Sangre verter:

(A los soldados.)

¡A nadie, á nadie,

Perdon se dé.

(A CUATRO.)

DON CÁRLOS.

Quien así mis banderas ha honrado
Sin venganza no puede quedar:
¡Lauro eterno al valiente soldado!
¡Palma eterna al poeta sin par!

CONSTANZA.

Dios elemento, que así lacerado
Ves mi pecho por hondo pesar,
Si su instante postrero ha llegado,
Haz que pueda con él espirar.

GARCILASO.

(Con entrecortado acento.)

Combati como noble soldado
Prez y gloria queriendo lograr;
Mas mi fin... ¡oh Constanza!... ha sonado:
Pronto muerto... me habrás de llorar.

LARA.

Es ilustre y heróico soldado:
Es poeta de dulce cantar:
¡Digno amigo del rey afamado
Cuyo nombre hace al mundo temblar.

CORO GENERAL.

Si es el uno valiente soldado,
Es el otro monarca sin par:

Garcilaso cual fuerte ha luchado:

Cárlos sabe cual juez castigar.

(Varios soldados, sosteniendo á Garcilaso, se dirigen hácia la derecha del fondo. Los demas personajes les siguen.)

CUADRO SEGUNDO.

Gran plaza de Niza.—Algunos de sus balcones y ventanas aparecen enlutados.—Es la hora de ponerse el sol.

ESCENA ÚNICA.

HOMBRES y MUJERES del pueblo.—LUÉGO, SOLDADOS.—CONSTANZA.—MONJES.—GARCILASO.—DON CÁRLOS.—CABALLEROS.

(Por diversos puntos, y poco á poco, van saliendo hombres y mujeres del pueblo, en ademan de aguardar algun suceso.—La orquesta preludia tristemente.)

MUJERES.

Hondo lamento,

Voz de agonía,

Fúnebre acento

Pide este día.

HOMBRES.

Murió el noble Garcilaso,

Timbre del suelo español:

Baja y vélate en ocaso;

Nunca tornes, claro sol.

(Oyese una marcha fúnebre, cada vez más cerca. Luégo empieza á desfilar, cruzando por el fondo, una ordenada comitiva, compuesta de soldados y monjes; éstos con hachas encendidas. Cuatro de aquellos, suspiéndole en sus manos, sacan una especie de lecho, ó angarillas, en que se ve difunto á Garcilaso, cubierto el medio cuerpo inferior con el manto de Calatrava.—Cuando están hácia el centro, se paran breves momentos, porque sale Constanza, enlutada, y arrodillándose ante el cadáver, coge apasionadamente una de sus manos.—Cierra el cortejo el Emperador, seguido de caballeros y pueblo.)

CONSTANZA.

(Con extremo dolor.)

¡Ay mi bien! Tus ojos cierra

Sueño que no ha de acabar...

¡Duerme tú, que yo en la tierra

Quedo viviendo... para llorar!

(Vuelve á marchar el cortejo.)

MONJES.

De profundis clamavi ad te, Domine:

Domine, exaudi vocem meam.

(Los hombres y mujeres que estaban en la plaza se inclinan en seña de respeto.)

CORO GENERAL.

Ya sus despojos que yacen yertos

Cubra la tierra con su piedad:

¡Luz á los vivos, paz á los muertos!

¡Señor, piedad!

(Constanza permanece arrodillada. El cortejo fúnebre desaparece.)

ANTONIO ARNAO,

de la Academia Española.

EL TERRITORIO DE MONTANA.

La expedición científica enviada hace poco tiempo por el gobierno anglo-americano, bajo la dirección del geólogo M. Hayden, ha descubierto y explorado un nuevo territorio, una región volcánica que, sin temor de exagerar, puede calificarse de maravillosa. Este descubrimiento ha causado profunda emoción en la República norte-americana, y nuestro trabajo tiene por objeto dar á conocer el resultado de las exploraciones de M. Hayden. Describiremos á grandes rasgos la geografía del territorio de Montana, recordaremos las principales exploraciones que sucesivamente en él se han hecho, y procuraremos dar idea de la región volcánica del Yellowstone, situada en el nacimiento de este río, extendiéndose, en parte, sobre el territorio de Wyoming, y en parte sobre el de Montana.

Montana es, á excepción de Alaska, el territorio de los Estados-Unidos más recientemente organizado. Encuéntrase entre el 45 y 49 paralelo Norte, y el 104 y 116 meridiano Oeste de Greenwich, limitado al Este por Wyoming y Dakota, al Norte por las posesiones inglesas, y al Oeste y al Sur por Idaho; comprende una superficie de 143.776 millas cuadradas, siendo su extensión de unas 550 millas de Este á Oeste, y 280 de Norte á Sur. Está dividido en dos porciones desiguales por la cordillera de las montañas Pedregosas, que forma su frontera Sudoeste desde el límite Oeste del Wyoming hasta la intersección del 45° 40' de latitud Norte y 114° de longitud Oeste. En este punto la cordillera se inclina hacia el Este, dirigiéndose después al Norte en una extensión de 20 grados hasta la frontera septentrional del territorio. La quinta parte próximamente de la superficie total de Montana, pertenece á la vertiente del Pacífico, y la cruzan las aguas superiores del río Columbia. Las otras cuatro quintas partes, regadas por el Missouri y sus afluentes, corresponden á la vertiente del Atlántico. Desde la embocadura del Yellowstone hasta las cimas de la cordillera de Bitter Foot, dos quintas partes constituyen una región montañosa, y las otras tres consisten en grandes y abiertas llanuras que se extienden hacia el Este. El terreno montañoso occidental tiene probablemente 175 millas de ancho. Además de los montes Pedregosos y Bitter Foot, existen algunos menos importantes por el lado del Este, que influyen en el sistema hidrográfico y en la dirección de los principales valles. Hacia el ángulo Noroeste del Wyoming, cerca del punto donde la cordillera de los montes Pedregosos sale de este territorio, se encuentra lo que parece ser el núcleo central de esta región y aún de toda la América del Norte, naciendo allí los ríos Big Horn, Yellowstone y Madison, afluentes del Missouri; Snake, afluente del Columbia, y Green, afluente del Colorado.

Las montañas de Montana son menos irregulares que las que forman la planicie del Colorado. Aunque en algunos puntos se encuentran agudos picos, en general las pendientes están más unidas y el relieve menos destrozado. Las alturas son también menores que en Colorado y Wyoming, y que en Nuevo Méjico, Utah y Nevada. La elevación media del territorio es de unos 4.000 pies sobre el nivel del mar.

Montana puede dividirse en cuatro regiones, poseyendo cada una su sistema hidrográfico distinto y sus límites bien definidos. La sección Noroeste se extiende entre las montañas Pedregosas y las Bitter Foot: la sección meridional está regada por tres brazos del Missouri, es decir, por los ríos Jefferson, Gallatin y Madison, todos los cuales se reúnen en un punto cerca de la ciudad de Gallatin. El Yellowstone riega la sección Sudeste, y la septentrional comprende los valles del río Milk y del Missouri y las grandes llanuras adyacentes.

La temperatura de este país difiere según la sección. Sin entrar en detalles sobre este punto nos limitaremos á decir que el clima es templado, y los inviernos generalmente bastante dulces. Hay, sin embargo, algunas veces cambios bruscos, y en el invierno de 1864 á 68, el termómetro Fahrenheit descendió á 34 grados bajo cero. Esto es excepcional; en 1868 y 1869, las observaciones termométricas ejecutadas con el mayor cuidado, han dado 41°,6 Fahrenheit durante la primavera, 69°,7 en el verano, 43°,1 en el otoño y 19°,9 en el invierno. Esta temperatura hace el país excelente para la cría de ganado. La yerba cubre, no sólo las llanuras y las praderas, sino también los flancos de las montañas. El ganado vacuno y los caballos pasan el invierno sin abrigo, y encuentran con qué alimentarse sin necesidad de que los ganaderos hagan provisiones de forraje.

A mediados de 1871 el gobierno confió á M. Hayden la misión de explorar metódicamente el Montana, recomendándole que dirigiese sus investigaciones hacia las fuentes del río Yellowstone. Esta región había sido ya reconocida, y lo que refirieron los primeros exploradores causó grande y profunda admiración al público americano. Esperábase recolectar amplia cosecha de descubrimientos científicos, y la esperanza no salió fallida. De su segunda expedición en el verano de 1872, ha vuelto M. Hayden con una serie de informes y de vistas fotográficas que permiten clasificar la región indicada entre las más maravillosas del mundo. Este geólogo se encontraba, mejor que ningún otro, en situación de dirigir aquellas exploraciones científicas. En 1856 formaba parte de la expedición, que bajo el mando del general C. K. Warren, estudió el curso inferior del Yellowstone. Admirado el general por lo que decían los guías y los indios, proyectó un segundo viaje, que fué ejecutado en 1859 y 1860 por el coronel William F. Reynolds, al cual

acompañó como geólogo M. Hayden; pero los esfuerzos del coronel Reynolds para traspasar las cimas nevadas de *Wind river mountains*, fueron desgraciadamente infructuosos. Durante el verano de aquel mismo año de 1860, algunos atrevidos exploradores, á las órdenes de los señores Cook y Folsom, subieron al valle de Yellowstone hasta el lago, y atravesaron las montañas que le rodean, entrando en la cuenca de los geiseres del Madison.

Una expedición dirigida por el general Wahsburn, exploró en 1870 los alrededores del lago Yellowstone, publicándose las relaciones de dos de los que en ella iban, los señores Langford y subteniente Doane. Una segunda brigada, á las órdenes del coronel J. W. Barlow y del capitán D. P. Heap, reconocía al mismo tiempo rápidamente el terreno. Todo estaba, pues, preparado para el estudio sistemático y completo que M. Hayden ha llevado á feliz término.

M. Hayden salía de la ciudad de Ogden, en el Utah, en 1.º de Junio de 1871, y comenzaba su exploración acompañada de muchas personas entendidas, prácticas y artistas; á saber, un agricultor, un entomólogo, un topógrafo, un pintor, un fotógrafo, un meteorólogo, un botánico, un mineralogo, un méxico y un zoólogo, ayudados cada cual de ellos de una ó varias personas. Así proceden los Estados-Unidos, sobre todo modernamente, para examinar una region nueva; de modo que cuando la expedición encargada de explorarla vuelve, está completamente conocida, habiendo hecho el mapa, estudiado el clima, los recursos industriales ó agrícolas, la fauna, la flora y la geología. El país que era de la naturaleza, es del hombre, y la conquista se ejecuta, no al precio de sangrienta guerra, sino luchando contra la naturaleza, único combate verdaderamente digno del hombre, única batalla gloriosa á la vez para el vencedor y el vencido.

Al salir de Ogden siguió la expedición la orilla del gran lago salado hasta Willard city, dirigióse á lo largo de la cordillera de los montes Wasatch hasta Cache valley; subió por este valle y llegó á la línea que separa las aguas del rio Snake de la cuenca del lago Salado. Volvió á bajar por March creek hasta el rio Snake y Port Hall. En aquel punto se detuvo dos días. Siguió despues la ruta hasta Virginia junction, é inclinándose al Oeste atravesó el Blacktail Deer creek, cerca de su nacimiento, y llegó á la ciudad de Virginia. Tomando por fin la dirección del Este, los expedicionarios atravesaron el rio Madison y llegaron al fuerte Ellis, al principio del valle Gallatin. La línea del *Pacific-railroad* quedaba desde entónces unida geográficamente á la cuenca del Yellowstone. Desde el fuerte Ellis, M. Hayden continuó marchando hácia el Este, atravesó la línea de montañas, cuyas vertientes envían las aguas, una al Atlántico por los rios Yellowstone y Missouri, y otra al Pacífico por el Snake y el Columbia. En Bottler's Ranch establecieron un campamento

permanente, logrando así desembarazarse de la mayor parte de los bagajes y ejecutar una série regular de observaciones meteorológicas que duraron seis semanas. Subieron despues al valle del Yellowstone y estudiaron los notables manantiales calientes del rio Gardiner, de *Grand Cañon* y *Tower falls*, las cascadas inferior y superior del Yellowstone, demarcaron la topografía de todos los grupos de manantiales minerales, y llegaron al lago de Yellowstone, que fué sondeado en todas sus partes. A lo largo del brazo oriental del rio Madison examinaron el valle Fire Hole, determinaron la demarcación de las dos cuencas de geiseres, y volviendo por el rio Fire Hole, exploraron varios lagos, entre ellos el Madison y el Heart. Terminado este estudio, pasaron por *Pelican creek*, siguiendo el brazo oriental del rio Yellowstone, y volvieron á *Bottler's Ranch* el 28 de Agosto de 1871. No quedaba más que unir toda esta topografía con los trabajos ejecutados por el coronel Reynolds en 1860. Al llegar á Evanston en el *Pacific-railroad*, habia terminado la expedición.

Como la relación detallada de los resultados de este viaje traspasaría mucho los limites que nos hemos propuesto dar á este artículo, tomaremos la expedición desde el momento en que abandonaba á *Bottler's Ranch*. El viaje era desde entónces verdaderamente interesante. Se salía de una region ya estudiada para entrar en otra casi completamente desconocida; se iban á ver maravillas únicas en el mundo, y M. Hayden debía ser el primer sabio que estudiase aquellos gigantescos geiseres, aquellas fuentes termales, aquellos macalubas, fenómenos volcánicos; en comparación de los cuales, los de Islandia y de Nueva Zelanda, las tierras hasta ahora clásicas de los volcanes, pierden casi toda su importancia. Recorrer un país desconocido está al alcance de todo el mundo. Para ello sólo necesita el viajero corazón bien templado y vigoroso cuerpo, dones menos excepcionales de lo que generalmente se cree. Además, dado el primer paso en la soledad, es más fácil avanzar que retroceder; pero es raro tener como M. Hayden la fortuna de admirar el primero las más grandiosas manifestaciones del poder de la naturaleza y abrir una nueva vía, no sólo á la curiosidad humana, sino también á la ciencia.

Dejando tras sí la cuenca lacustrel situada por debajo del segundo cañon del Yellowstone, y subiendo el curso del rio, la expedición entró en el segundo cañon abierto por las aguas, al través de una línea de elevadas montañas. Esta abertura ha sido evidentemente producida por una grieta de origen volcánico, que las aguas despues han regularizado y pulido. Ambas márgenes del rio se elevan verticalmente, la de la izquierda á 800 piés, la de la derecha á una altura que varia de 1.000 á 1.200 piés. Este cauce de unos cinco kilómetros de largo, permite observar la estratificación de la montaña. El núcleo está formado

por un granito gneisico; por debajo se encuentran capas donde predomina el cuarzo y el feldespato, y cuyas partes inferiores tienen la apariencia de un gneis negro y micáceo. Las facetas de estas rocas se parecen tanto á las de las rocas de los distritos auríferos del Colorado, que M. Hayden parece dispuesto á admitir la existencia de minas de oro en la region del Yellowstone. El suelo está sembrado de escombros volcánicos de variados colores: por diferentes puntos hay espacios cubiertos de verde yerba que hace resaltar el tinte rojizo de las cimas de los primeros estratos de la montaña. A lo léjos, y por el lado del Este, Emigrant peak eleva hasta las nubes su altiva cima á una altura de 10.628 piés sobre el nivel del mar.

Saliendo del segundo cañon se sube por el flanco de la montaña Cinnabar al sitio llamado Devil's slide, espacio de unos 150 piés de ancho, rodeado lateralmente por dos diques de 50 á 200 piés de altura, y cuya formacion es de cuarcita gris amarillenta el uno y de basalto el otro. Entre los dos diques, el terreno formado por pizarras lentamente carcomidas por los agentes atmosféricos, está cubierto de peñascos caídos de las montañas, y por medio de las cuales crecen algunos picos. El viajero cree encontrarse ante uno de esos monumentos druidicos, que en Europa se llaman *corredores de hadas*; pero el monumento es verdaderamente gigantesco, como todo lo que no han tocado los hombres. Los romanos llamaban al África tierra de monstruos, y con más razon pudiera llamarse á América tierra de gigantes; pero como las consideraciones de órden físico y moral necesarias para probar esta calificación nada tienen que ver con la geología y la geografía, prescindiremos de ellas.

Los expedicionarios habian franqueado el segundo cañon y admirado *Devil's slide*, cuando encontraron á su derecha la embocadura del rio Gardiner, que vierte sus aguas en el Yellowstone. Subieron por este rio, y andadas algunas millas por la orilla izquierda encontraron la primera cuenca de fuentes termales. Este grupo forma parte de las montañas Wlute, y entre las fuentes sólo hay corto número actualmente en actividad; pero si los fenómenos que presentan no producen en el viajero admiracion comparable con los de las fuentes situadas más arriba, en el curso del Yellowstone y en la cuenca del Fire Hole, su calma relativa permite al sabio estudiarlas más detalladamente. Junto al rio se eleva una colina á unos 200 piés sobre el nivel de las aguas. Sus laderas están en forma de gradas que sirven de base á una série de cavidades ó cunetas, cuyo tamaño varía desde algunas pulgadas á seis ú ocho piés de diámetro, y cuya profundidad es por término medio de uno ó dos piés. Forma la cima de la colina una gran terraza plana de 150 piés, completamente cubierta de manantiales. El agua cargada de cal, de sodio, de aluminio, de magnesia y de ácido carbónico, sale á borbotones de los manantiales y se

vierte por las laderas de la colina; precipitándose en las cavidades que llena, adorna sus orillas con festoneadas excrecencias, nacaradas perlas, estalactitas blanquísimas: y cayendo de grada en grada, se subdivide en millares de chorros, formando cada uno de ellos una cascada, corriendo, en medio de una nube de vapor, que la brisa hace ondular graciosamente, y reuniéndose por fin en un arroyuelo que desemboca en el rio Gardiner. La limpieza de esta agua es tan grande, que se ven á una profundidad considerable las paredes adornadas de corales de los conductos por donde sale á la superficie. Estos variados conductos, que constantemente modifica una tinta azulada, reflejo del cielo, producen encanto y admiracion. El lecho del arroyuelo está revestido de una débil vegetacion compuesta de diatomeas de los géneros *Pame-lla* y *Oscillara*, cuyos tallos, temblando siempre por la accion de la corriente que los baña, se cubren lentamente de materia incrustante, pierden poco á poco su tinte verde, y presentan entónces el aspecto de rica alfombra de terciopelo con sedosos y brillantes reflejos. La tierra es en general de color blanco mate, pero en algunos sitios tiene color escarlata, verde ó amarillo. El agua que sale de los manantiales á la temperatura de ebullicion, pierde su calor á medida que se aleja, llenando las cavidades, de modo que los viajeros pueden tomar baños termales en pilas naturales y á temperatura más ó ménos alta, segun las gradas que suban. A la derecha, viniendo del rio Gardiner, se eleva un cono de unos 50 piés de altura y de 20 piés de diámetro que, por su vaga semejanza con un gorro frigio, ha recibido el nombre de *Liberty cap*. Es el último resto de un geiser apagado. Durante larga serie de siglos el agua se ha elevado allí con energia considerable, y depositando las sales que llevaba en disolucion, ha construido su cráter, capa por capa. Despues ha llegado un dia en que, extenuada por su propia potencia, ha cerrado el orificio por donde salia, dejando de brotar. Los manantiales cambian continuamente de sitio; algunos se agotan, otros aparecen por nuevos puntos. Por todos lados se descubren antiguos conos, cuyas gradas ha borrado el tiempo, y cuyo interior hueco sirve hoy de refugio á las fieras y á los murciélagos. Sus formas varían; algunos están orgullosamente de pié, otros caídos, rotos y arruinados. Alrededor de los manantiales, que forman un vasto circo, las laderas de las montañas están cubiertas de peñascos de basalto de color pardo, que resalta entre el verde de los pinos y de las praderas.

M. Hayden y sus compañeros abandonaron el rio Gardiner, y tomando la direccion del Oeste, volvieron al Yellowstone que les servia de base de operaciones, atravesando la montañosa cresta que separa la cuenca de ambos rios. Entraron en una region cruzada y cortada en diversas direcciones por arroyos afluentes del

Yellowstone. Surcan allí el terreno estrechas gargantas y hondísimos cauces, y al través de las rocas inferiores se elevan perpendicularmente diques de basalto: en algunos sitios se han roto en fragmentos, quedando en seguida cementados con una toba volcánica, y constituyendo así una brecha que las aguas han abierto y recortado en forma de columnatas, pórticos y ogivas, presentando el aspecto de una catedral gótica en ruinas. Un arroyo, el *Hot Spring*, se precipita en el Yellowstone, y en su confluencia el agua hirviendo surge por los terreros, levanta y ahueca el lodo, le rompe y emite espesas nubes de vapores. En las inmediaciones, los escarpes del terreno son ó de color negro aterciopelado, á causa de un depósito de materias carbonosas procedentes del desprendimiento del hidrógeno sulfurado ó carburado, ó amarillos por el azufre, ó grises por la presencia del carbonato de cal y del carbonato de hierro. Uno de los ríos de esta region, el Tower, nace en medio de las montañas que dividen los valles del Missouri y del Yellowstone. Durante 10 millas corre por un cauce tan profundo, tenebroso y horrible, que se le da el nombre de *Devil's den* (la guarida del diablo). Inclinandose y mirando al interior del precipicio se ve el río, como un hilo de plata que salta cubriendo de espuma las rocas que interceptan su curso. Las laderas de la garganta están cubiertas de fragmentos rotos de basalto, y de vez en cuando se ve algún pino, cuyas despojadas ramas parecen ávidas de un poco de aire y de luz, y cuyas raíces se retuercen y agarran á la roca para tenerse allí, buscando la humedad dejada por las últimas nieves en algunos puñados de tierra vegetal. Al salir del Devil's den, el lecho del Tower está bruscamente cortado; el agua cae de una altura vertical de 186 piés y, como agobiada por este último esfuerzo, va á mezclarse á las del Yellowstone.

Los expedicionarios llegaron por esta ruta al monte Washburn. Seguian un sendero bastante suave para permitir el paso de las cabalgaduras, y trazado en un terreno cubierto de calcedonias, ágatas y malequitas. Esta montaña es el cono de un volcan que estaba en actividad en la época relativamente reciente del terreno plioceno.

Desde la altura del monte Washburn, elevada á 10.578 piés sobre el nivel del mar, el panorama era espléndido. La vista se extendia en todas direcciones en una extension de 80 á 100 millas de diámetro. Al Sur se veia toda la cuenca del Yellowstone y el lago, cuya forma asemeja una mano con los cinco dedos extendidos. Esta cuenca es el centro de toda la América del Norte (1). Una ligera nube que pasa y se resuelve

(1) El lago Yellowstone está situado á unos 44° 20' de latitud Norte, y 113 de longitud Oeste de Paris. Segun resulta de los cuadros publicados por M. Elias de Beaumont, el punto *b* del pentágono de la América rusa está colocado á 43° 7' 28", 23 de latitud N. y á 114° 21' 28", 63 de longitud O. de Paris (*Comptes rendus de l'Académie des Scien-*

en lluvia encima de él, envia sus aguas á los dos océanos Atlántico y Pacífico por los ríos Yellowstone, Snake y Green. A lo léjos se ven los nevados picos de las Tetas, y hácia el Sudoeste un inmenso bosque de pinos destaca su sombría verdura á una distancia de más de 100 millas; al Sudoeste y al Oeste se ve la cordillera de los montes Madison, y más cerca las elevadas crestas en forma de dientes de sierra de los montes Gallatin; al Norte todo el valle del Yellowstone, y más léjos, en los confines del horizonte, los majestuosos contornos de Emigrant peak. Como Moisés sobre la montaña, M. Hayden contemplaba esta tierra prometida; y más feliz que el profeta hebreo, le era dado penetrar en ella, donde vamos á seguirle.

La cuenca del lago Yellowstone es un vasto cráter con innumerables aberturas volcánicas y dominado por una serie de picos, siendo los más importantes los montes Doane, Langford y Stevenson, que se elevan á alturas variables entre 10.000 y 12.000 piés sobre el nivel del mar. En los pasados tiempos estos picos eran centros de erupcion, orificios por donde salian las materias igneas, extendiéndose por las comarcas inmediatas. Los manantiales y geiseros actuales son los últimos vestigios de este período de actividad. Poco á poco estas manifestaciones disminuyen, y llegarán á desaparecer. A pesar de todas las aberturas que sirven de válvulas de seguridad, con frecuencia hay fuertes terremotos. M. Hayden sintió muchos, y los guías le aseguraron que la frecuencia de estas conmociones aterrORIZABA á los indios, que se abstienen de visitar aquella region, considerándola, en cierto modo, sagrada.

Al bajar del monte Washburn se encuentra por el lado meridional un grupo notable de manantiales en actividad. El terreno que riegan está cubierto de azufre, de alumbre, de carbonatos de cobre y de sosa, y de una eflorrescencia salina que probablemente es nitrato de potasa. Se atraviesa despues una comarca cubierta de verde hierba y sembrada de flores, y un río, el Cascade, cuya corriente cortan numerosas cataratas, formadas todas de igual modo. Las rocas dominantes son de basalto compacto y brecha; el primero es muy resistente, y la segunda cede con facilidad á la influencia de agentes atmosféricos; se desprende, desaparece, fragmento por fragmento, y deja profundas aberturas por donde el agua penetra.

El río Yellowstone sale del lago y corre hácia el Norte. Pasa primero al traves de un terreno panta-

ces, t. LVIII, Febrero de 1864.) El punto *b* se encuentra en el trayecto de un dodecaédro regular, y sabido es que estas líneas están señaladas por gran número de accidentes notables en la superficie terrestre. El antípoda del punto *b* está situado cerca de Sofala, y lo caracteriza una inflexion de la costa occidental de Africa. Se ve, pues, que la region volcánica del Yellowstone está unida de un modo notable á la simetria pentagonal; hecho que es una comprobacion de los magníficos trabajos de M. Elias de Beaumont.

noso, y cortado por ininidad de arroyos. En los puntos donde el agua permanece durante algun tiempo estancada, se cubre de una espuma amarilla, producida por la presencia del hierro. El rio recibe por el Este una corriente de agua que contiene gran cantidad de alumbre, por cuya causa se llama Alun creek, y el sobrante de muchos manantiales. El cauce se ensancha en seguida y forma dos pequeñas cascadas de 20 á 30 piés de altura y despues se estrecha, ocupando sólo un espacio de 100 piés por 30 de profundidad; el lecho aparece encajado entre dos murallones de basalto, y así llega á las cataratas.

Estas cataratas son dos, separadas por unos 400 metros de distancia y practicadas en capas de arcilla, de arena y de brecha ó almendrilla. La cascada superior tiene 140 piés de altura; la inferior 350 piés, y su ruido se oye á lo léjos, como descargas de artillería. El agua se precipita, cae como torrente de espuma, choca con la superficie inferior de la corriente, que resiste, la repele y la hace saltar, sin dividirse, á 200 piés de distancia. No hay comparacion posible para el espectáculo grandioso que esta cascada presenta al viajero. La blancura de nieve de la espuma; la rica vegetacion que crece bajo las brumas; el arco iris que se encorva en forma de aureola, brillando y ondulando como banda flotante; el polvo líquido que, desde la base de las cascadas, se eleva como humo, las columnas de sílice descompuestas en largas agujas que están suspendidas de las paredes pedregosas hácia el abismo, toda aquella majestad produce en el ánimo una emocion profunda. El Niágara tiene acaso más grandeza, pero no la pintoresca belleza, ante la cual el pintor más hábil rompe su paleta y la admira, sin atreverse á retratarla. Inmediatamente despues de las cataratas empiezo el hondo cauce, presentando las masas negras de sus flancos de basalto de 1.200 á 1.500 piés de altura, abigarradas con manchas multicolores, amarillas, rojas, pardas y blancas, que producen los depósitos de materias ténues en disolucion por el agua de las fuentes, sus rocas, que el tiempo ha dado mil aspectos distintos, y su verde corona de inmensos bosques de pinos. El piso está lleno por todas partes de obsidiana disgregada en pequeños fragmentos amorfos, con reflejos negros ó negro-rojizos. A 10 millas por encima de la catarata y á ocho millas por debajo del lago, sobre el recto curso del Yellowstone, existe un espacio de 1.500 piés de ancho por dos millas de largo, acribillado de manantiales. El más notable de ellos se llama *Locomotive jet*; es un poderoso surtidero de vapor que produce, al escaparse, el ruido estridente de una máquina de alta presion. La abertura, de seis pulgadas de diámetro, dentada y rodeada de concreciones parecidas á perlas, está en una corteza de sílice mezclada de azufre que cruje bajo los piés, y llena de multitud de agujeritos secundarios por los cuales se escapan de continuo colum-

nas de vapor. La temperatura es tan alta, que no es posible acercarse al surtidero sin grandes precauciones, y por el lado de la direccion del viento. M. Hayden cree que no existe comunicacion subterránea entre estos diversos orificios. Algunos manantiales son como *Locomotive jet*, sencillos surtideros de vapor, otros son cenagosos y otros aluminosos ó ferruginosos.

En la orilla izquierda del Yellowstone, á dos millas más léjos, se encuentra una nueva cuenca de manantiales termales, unida á la anterior por una serie de fuentes casi todas agotadas. En este punto la mayoría son manantiales sulfurosos y cenagosos que se desparan por todos lados, apareciendo hasta por la orilla opuesta del rio, y algunas veces sobre las colinas á 50 y 100 piés de altura. Distinguese especialmente una especie de caldera circular de ocho piés de diámetro, cuyos bordes se elevan á cuatro piés del suelo y á seis del fango que en el interior contiene. Este fango, agitado desde hace siglos, es tan fino y blanco que, cuando se seca al fuego, parece espuma de mar. El gas surte de continuo, proyectando materias semilíquidas á 10 y á veces á 20 piés de distancia. Estas materias se acumian en las orillas de la cuenca, elevando su nivel. La consistencia de estas materias varia; unas veces es blanda y clara, otras un mortero espeso; su color depende de la naturaleza de los depósitos que forman el suelo, y al traves de los cuales el agua sale á la superficie. Un manantial llamado *the Grotto* (la gruta) sale de una caverna, cuya entrada tiene cinco piés de diámetro, y en cuyo interior se oye un ruido comparable á los mugidos de la mar furiosa rompiéndose contra las olas, y de donde sale una gruesa columna de vapor. El calor impide acercarse y estudiar este fenómeno, pero se ha podido comprobar que de la gruta salen algunos litros de agua por hora, y que esta agua es notablemente pura. Esta rareza se explica por efecto de la alta temperatura que evapora la mayor parte del agua, y la arroja fuera en forma de vapor.

En lo alto de una colina está la Caldera del Gigante, que es un geiser cenagoso, cuyo cráter, en forma de cono truncado, tiene 40 piés de diámetro en la cúspide, y 30 piés de altura. Su ruido conmueve fuertemente el suelo y se distingue á distancia de cerca de un kilómetro. Cuando la brisa arrastra el vapor, se ve el interior del cráter lleno de un fango arcilloso, claro, en estado de violenta agitacion. A su alrededor, y en un radio de 100 piés, los pines están completamente cubiertos de estalacticas de fango seco y de una altura de 75 á 100 piés; lo que parece probar la existencia de paroxismos de actividad; pero se descubre despues que el fango ha sido trasportado mecánicamente por el vapor. No léjos de aquel punto se encuentran muchas fuentes termales, algunas de ellas intermitentes. Tres están dentro de una misma cuenca de 200 á 300

piés, y una de ellas forma un geiser que se eleva á 20 ó 30 piés durante algunos minutos, siguiendo un reposo de tres horas y media á cuatro.

M. Hayden llegó por fin á las orillas del lago; habia trasportado consigo el casco de una barca; le cubrieron con tela embreada, el *Anna* desplegó sus velas surcando las aguas hasta entónces vírgenes del Yellowstone, y trasportó á los exploradores á la isla más inmediata. El lago, segun hemos dicho, figura una mano con los cinco dedos extendidos, y contiene cinco islas principales. Tiene 22 millas de largo de Norte á Sur, y de 10 á 15 millas de ancho de Este á Oeste. Sus aguas, procedentes de la liquefaccion de las nieves que cubren los conos inmediatos, son muy frias y de una profundidad máxima de 300 piés. Durante la mañana, la superficie está completamente tranquila; al medio dia se levanta la brisa, y las aguas forman olas bastante grandes. Las truchas abundan en el lago, pero casi todos estos peces tienen enormes gusanos intestinales, parecidos al género *Bothriocephalus*. Cosa rara; por encima de las cascadas del Yellowstone las truchas, que son abundantes, y muchas de las cuales proceden del lago, gozan completa salud. Las pobres truchas del lago Yellowstone, están además sujetas á otras calamidades. Algunos manantiales elevan sus cráteres en el fondo mismo de las aguas del lago; los exploradores pescaban truchas, y sin arrancarlas del anzuelo, las metían en uno de esos cráteres llenos de agua hirviendo, cociéndolas inmediatamente y ejecutando una pesca milagrosa de todo punto desconocida.

Los manantiales que rodean el lago, son numerosísimos: no forman verdaderos geiseres, pero manifiestan pulsaciones. El agua sube y baja en su interior por intervalos regulares de dos á tres segundos. Algo más léjos un grupo de 200 á 300 manantiales cenagosos, cuyas orillas están cubiertas de una especie de masa compuesta de diátomeas, y presentando todas las tintas de los colores verde, amarillo y rosa, producen con sus hervideros un ruido atronador.

A media milla al Sur del lago Yellowstone, en el curso del rio Snake, se encuentra un pequeño lago llamado Heart, rodeado de manantiales termales y de un pequeño geiser.

Vamos á examinar ahora con M. Hayden la cuenca del rio Fire Hole, que contiene fenómenos más extraños. Al Oeste del lago Yellowstone, y separado de él por un repliegue del terreno, se extiende el gran lago Shoshone, y más léjos, en la misma direccion, el lago pequeño Madison, que sirve de nacimiento al rio Fire Hole, el cual es en realidad, el principio del rio Madison: corre paralelamente al rio Yellowstone, es decir, de Sur á Norte, y se reúne al brazo oriental del Madison que es un afluente del rio Columbia. El conjunto de este sistema hidrográfico, corresponde á la vertiente del Pacífico. Para llegar al lago Madison, el trayecto fué difícil, avanzando por medio de un laberinto inextricable de árboles derribados, análogo á los *windfalls*, inmediatos al curso superior del Mississipi, y sobre un suelo, formado de obsidiana y de rocas traquíticas. Un espacio de muchas hectáreas está cubierto de montículos cónicos de una altura que varia desde algunas pulgadas á un centenar de piés, y completamente cubiertos de cristalizaciones de azufre de color amarillo puro. Al romper la capa de uno de estos conos, se ve el interior cubierto de las mismas cristalizaciones. Se camina, pues, entre manantiales agotados, cuya actividad se reduce á emitir nubes de vapor por cierto número de orificios. M. Hayden compara el aspecto de este distrito á un inmenso horno de cal en actividad. Esta apariencia es tanto más notable, cuanto que, en 1.º de Abril, hubo una abundante escarcha que añadía á aquel espectáculo los esplendores del brillante centelleo de los cristales de hielo. El país es muy frio. En Julio, Agosto y Setiembre, el termómetro baja con frecuencia á 3 ó 4 grados centígrados sobre cero. A lo largo de East Fork, se encuentran numerosas fuentes termales que nos limitamos á citar, para llegar rápidamente á la cuenca de los geiseres. Una de ellas es una cavidad rodeada de un reborde en forma de corazon, y de cuyo centro sale un chorro de agua caliente. El geiser Thud, produce un rugido formidable cada vez que el agua sube ó baja. En una cuenca de 25 á 30 piés hay un manantial, y cuando se mira al seno de su límpida profundidad, se ve bajo las aguas un verdadero palacio de hadas adornado de cristalizaciones multicolores: otros manantiales están rodeados de sílice concrecionada en forma de coliflor, de una costra ó capa parecida á la pólvora de cañon, que desprende olor de hidrógeno sulfurado. El agua aparece por todas partes, y sin embargo, durante todo el dia, ni M. Hayden ni sus compañeros encontraron una sola gota de temperatura bastante baja para poder calmar la sed.

Los geiseres del Fire Hole forman dos grupos: el inferior está situado cerca de la confluencia de dicho rio con East Fork. El grupo superior se encuentra en la orilla del rio, á unos 8.000 piés más al Sur. La cuenca inferior presenta una vegetacion magnífica á causa de lo suave y húmedo de la temperatura. Los gieseres más importantes son, Couch spring, cuyo cráter es triangular; Horn, que es un cono de un pié de diámetro en lo alto y de seis piés en la base; Bath spring, Cavern, y en fin, Creat spring, cuya abertura tiene 250 piés de diámetro, y sus paredes de 20 á 30 piés de profundidad. En medio de torrentes de vapor, sale de Great spring una masa enorme de agua hirviendo, que, formando una inmensa capa y bañando larga extension de terreno, donde produce los más diversos calores á causa de los depósitos salinos que contiene, termina vertiéndose en el rio.

Al aproximarme á la cuenca superior del Fire Hole, la vegetacion cesa de pronto, viéndose los últimos ár-

boles completamente silicificados. Esta cuenca tiene 20 millas de ancha y cinco de larga, viéndose en ella pequeños lagos cubiertos de nenúfares blancas (*Nenuphar advena*). Allí llegaron los expedicionarios al caer la tarde del 5 de Agosto, fatigadísimos, y se ocuparon inmediatamente en establecer el campamento. De pronto se oyó una horrible detonacion, el suelo tembló, y cerca del rio, por el lado del Este, se lanzó al espacio una columna de agua de seis piés de diámetro, coronada por nubes de vapor que, formando torbellinos, subian á más de 1.000 piés de altura. Estaban delante del Gran Geiser. La columna surtió durante veinte minutos; despues disminuyó lentamente, y la débil capa de agua contenida en el cráter, descendió á 186 grados Fahrenheit. El geiser hizo dos erupciones en treinta y seis horas. A algunos piés de distancia del Gran Geiser, cuyo cráter se eleva á tres piés del suelo, se encuentra el geiser Turban. Su cuenca tiene 23 piés de larga, 11 de ancha y seis piés de profundidad. El fondo y las paredes están cubiertas de gruesas masas globulares, cuya forma y color amarillo recuerdan las calabazas. El agua no se eleva más que á 25 piés, y parece que existe una comunicacion subterránea entre este y el Gran Geiser.

La cuenca superior del Fire Hole, contiene unos 50 geiseres en actividad. Los más importantes han recibido nombres especiales. Me limitaré á citar algunos, como el Grotto, Pyramid, Punch Bowl, Black Sand, Castle, Fan, Riverside, Giant, Saw Mill, Old Faithful y Bee Hive, y daré algunos detalles acerca del llamado el Giantess. «Al atravesar el rio Fire Hole, dice M. Hayden, subimos una pendiente suave, llegando de pronto á una ancha abertura oval con bordes festoneados, cuyos ejes eran respectivamente de 18 y de 25 piés, y cuyas paredes estaban cubiertas de un depósito silíceo blanco gris, visible á la profundidad de 100 piés. No vimos el agua, pero oimos como hervia á una gran distancia debajo de nuestros piés. De pronto empezó á subir en gruesos borbotones, despidiendo grandes masas de vapor que nos obligaron á huir apresuradamente. Cuando el agua estuvo á 40 piés de la superficie, se detuvo y volvimos á examinarla. Espumaba y hervia con violencia, y algunas veces enviaba chorros calientes hasta la misma boca del orificio. Pareció que de pronto la sobrecogia un horrible pasmo, ascendió con loca rapidez, salió del cráter y se elevó en columna de la misma dimension del orificio á una altura de 60 piés. De la cima de esta columna salian cinco ó seis chorros de agua ménos considerables, que variaban de seis á quince pulgadas de diámetro, proyectándose á la maravillosa altura de 250 piés. Esta erupcion duró unos veinte minutos; nunca habíamos presenciado espectáculo tan magnífico. El sol, que brillaba con todo su esplendor, al reflejar los rayos en aquella agua, formaba miles de arco-iris, cuya posicion variaba constantemente bajando ó subiendo y

desapareciendo para ser reemplazados por otros. Los glóbulos de agua que caian, asemejaban una lluvia de diamantes, y en los puntos donde las nubes de vapor detenian los rayos solares proyectando sombras en la columna de agua, veíamos un círculo luminoso con todos los colores del espectro solar, asemejándose á esos nimbos de gloria con que los pintores rodean algunas veces á la divinidad. Durante las veinticuatro horas que permanecimos junto á aquel geiser, contemplamos dos erupciones, cada una de las cuales duró diez y ocho minutos.»

Un estudio más completo y técnico de esta region volcánica, debería comprender las tablas de temperaturas, los manantiales termales, los análisis del agua, de las concreciones; en una palabra, las cifras sin las cuales es casi imposible fundar la verdadera ciencia, y que M. Hayden ha publicado en sus dos informes de 1871 y 1872. Nos hemos limitado á presentar algunos datos para que el lector pueda formar idea de la grandeza de estos fenómenos. Estos datos impresionan tanto como los dibujos con que M. Hayden ha ilustrado su trabajo. Seria tambien interesante comparar las fuentes termales del Yellowstone con las de Nueva Zelanda, tan bien descritas por M. de Hochstetter y con los geiseres de Islandia, el Strocker y el Gran Geiser. Segun M. Robert, este último manifiesta cada veinticuatro horas una erupcion que dura ordinariamente cuatro ó cinco minutos, elevándose la columna de agua, durante la última fase del fenómeno, á unos 100 piés. El estudio de estos geiseres es relativamente poco conocido; se discute acerca de su origen, habiéndose presentado diversas teorías. Por desgracia, los límites de este trabajo nos impide entrar en mayores detalles.

A la vuelta de la primera expedicion de M. Hayden y á propuesta del honorable senador S. C. Pomeroy, el gobierno de los Estados-Unidos tomó una resolucion muy extraña de su parte; la de sustraer á la colonizacion un espacio de terreno de 65 millas de largo por 55 de ancho, reservándolo bajo el nombre de *Parque nacional*, espacio veinte veces más grande que la superficie del departamento del Sena. Los términos del acuerdo del Congreso quedarán como título de gloria para los representantes del gran pueblo americano.

«Considerando, dice el acta, que la region regada por las aguas superiores del rio Yellowstone, encierra una acumulacion de maravillas sin igual en el globo, en comparacion de las cuales, los famosos geiseres de Islandia son casi insignificantes;

»Considerando que importa apresurarse á sustraer este territorio á la avaricia de algunos industriales que no tardarian en apoderarse de él, rodearlo de cercas y obligar á que se pague por ver maravillas, cuyo goce pertenece á la humanidad entera y que deben ser tan libres y accesibles á todos como el aire y el agua;

»Considerando además que la region de los manantiales del Yellowstone es de una altura media superior de 6.000 piés, y que el lago Yellowstone que ocupa una superficie de 330 millas cuadradas, está á una altura de 7.427 piés, haciendo el rigor del frio impropio el terreno reservado para el cultivo y la cria del ganado;

»El Senado y la Cámara de representantes de los Estados-Unidos de América, reunidos en Congreso, decretan:

»La region de los manantiales del Yellowstone queda reservada y prohibida á la colonizacion.»

Para quien conoce el pueblo americano, la determinacion del Congreso dará de las maravillas del Yellowstone idea mucho más importante que todas las descripciones y dibujos que pudieran publicarse.

J. THOULET.

(Revue scientifique.)

LAS PROFECÍAS MODERNAS.

CARTA DEL OBISPO DE ORLEANS

AL CLERO DE SU DIÓCESIS.

(Conclusion.) *

II.

¿Qué conducta debe seguirse, señores, en la práctica respecto á esa multitud de profecías y de milagros, para no incurrir en ciego iluminismo ó en escepticismo irracional é impío?

Hay un medio sencillo. La Iglesia no ha dejado á los fieles sin guía, pues para todos estos asuntos ha trazado reglas de conducta; á ellas conviene atenderse, y cuando en estricto derecho no sean aplicables estas decisiones, tomar por ley el espíritu que las ha inspirado.

¿Cuáles son estas reglas?

Ya sabéis lo que dicen Fenelon, San Francisco de Sales, Benedicto XIV, Gerson y el mismo Papa Pío IX. Escuchad ahora los Concilios.

Ved primero lo que, á propósito de revelaciones y profecías, prescribe el Concilio general de Letran de 1516 en su undécima sesion, presidida por el Papa. Empezaba entonces el siglo XVI, vísperas de grandes perturbaciones, y los espíritus estaban, como ahora, en trabajo.

«En cuanto al tiempo en que deben sobrevenir los males futuros, la venida del Antecristo y el día del juicio—porque entonces, como hoy, también habia profetas que anunciaban el fin próximo del mundo,—que nadie—dice el Concilio,—se permita anunciarlos ó precisarlos, porque la Verdad ha dicho que no nos corresponde conocer el tiem-

po ni los momentos que el Padre tiene reservados en su poder. Todos los que hasta ahora se han atrevido á hacer tales predicciones han sido mentirosos; estando demostrado lo mucho que perjudican con sus predicciones la autoridad de los que se limitan á predicar, sin predecir. En adelante PROHIBIMOS Á TODOS Y Á CADA UNO anunciar en sus discursos públicos cosas del porvenir, interpretando á su capricho las Santas Escrituras; presentarse como instruidos por el Espíritu Santo ó por una revelacion divina, ó hacer alarde de otras vanas adivinaciones ó cosas de esta naturaleza.»

La prohibicion es terminante. Pero ved, señores, con qué sabiduría concilia las prohibiciones necesarias con la posibilidad del orden sobrenatural. Los padres de Letran añaden: «Si, no obstante, el Señor hiciese revelaciones sobre algunos de los acontecimientos que deben ocurrir á la Iglesia, como se trata entonces de cosas de grande importancia, y atendido á que no debe prestarse fe á todo espíritu, sino, como dice el Apóstol, probar si los espíritus provienen de Dios, queremos que, en ley ordinaria, se entienda que estas pretendidas inspiraciones *antes de ser publicadas ó predicadas al pueblo* queden desde ahora reservadas al exámen de la Sede apostólica.

»Si alguno osara oponerse á estas prescripciones, queremos que, además de las penas establecidas para tales casos por el derecho, incurra en excomunion, de la cual no pueda, excepto *in articulo mortis*, ser absuelto por el romano Pontífice.»

Este decreto es, señores, en la ciencia teológica una prueba de segura y alta sabiduría apostólica. A todo se atiende en él como es debido: se denuncia y previene el peligro de las falsas revelaciones; pero como el discernimiento en estos asuntos es difícil, y, además, se trata de una gran cosa, como dicen los Padres, de una excepcion á las leyes providenciales ordinarias, el Concilio reserva sábiamente la apreciacion á un tribunal excepcional y soberano. Por el rigor de las penas que establece hace comprender lo importante que es contener las intemperancias ó las ilusiones del espíritu privado, en interes de las almas y de la misma fe.

Pero se dice: el Concilio de Letran no habla más que de predicadores. Aunque así sea, es cierto que, á propósito de los predicadores, ha fijado una prohibicion general y absoluta: *antequam PUBLICITUR, aut populo prædicentur*. ¿Acaso las consideraciones que expone conciernen sólo á los predicadores, y además la prensa no es hoy una tribuna tan pública como el púlpito? Verdad es que el Concilio habla tan sólo de profecías, pero es evidente que la razon de sus prescripcio-

* Véase el número anterior, página 244.

nes es aplicable lo mismo á los milagros que á las profecías.

El Concilio de Trento completa en este punto el de Letran, fijando reglas sobre el mismo objeto, en igual sentido, y conforme á los mismos principios. Hé aquí sus palabras:

«El Santo Concilio decreta que es preciso no admitir nuevos milagros... si no han sido reconocidos y aprobados por el Obispo, quien siempre que se trate de un hecho de esta clase, reunirá en consejo los teólogos y otros hombres piadosos, y hará lo que juzgue conveniente á la verdad y á la piedad.»

El mismo espíritu reina en ambos Concilios y la misma doctrina establecen; con igual cuidado previenen el doble exceso á que se está expuesto y se ponen á salvo los fueros, no sólo de la piedad, sino de la verdad; con igual atención se procura apartar estas delicadas materias de las apreciaciones incompetentes, de la ignorancia, de la pasión crédula ó incrédula, para reservarlas al juicio ilustrado y autorizado de los guías naturales de la conciencia cristiana.

Inspirándose en el Concilio de Trento, otro Concilio, particular, es cierto, pero examinado y aprobado por la Santa Sede, el Concilio de Paris de 1849, se ha expresado en tales términos, que no permiten ninguna sutileza de interpretación. El Concilio de Trento, frente al protestantismo, sentía la imperiosa necesidad de poner dique á excesos piadosos, pero de verdadero peligro. En nuestros días puede decirse que, frente á una incredulidad más general y armada de una crítica más recelosa, la cuestión de los milagros contemporáneos es aún más delicada, y por ello el Concilio de Paris ha sido tan terminante y explícito.

«Puesto que, según el Apóstol, no se debe creer á todo espíritu, advertimos que nadie debe constituirse temerariamente en propagador de profecías, de visiones y de milagros relativos á la política, al estado futuro de la Iglesia, ó á otras cosas parecidas, circulándolos sin haber estado reconocidos y aprobados por el Ordinario: que los párrocos y los confesores aparten prudentemente á los fieles de acogerlas, y que con tal motivo les recuerden las reglas determinadas por la Iglesia en estas materias; advirtiéndoles expresamente que debe arreglarse la conducta, no conforme á revelaciones particulares, sino con arreglo á las leyes ordinarias de la sabiduría cristiana.»

Ya lo veis, señores; la *propagación temeraria* de revelaciones y de milagros, y la *demasiado fácil credulidad*, son los abusos manifiestos que el Concilio ha querido impedir. A la afición perjudicial á lo extraordinario, tan contraria á la sencillez de la fe y que enerva la piedad, apartándola

de sus grandes deberes y de sus grandes horizontes, á esa tendencia de los ánimos enfermizos, opone oportunamente el Concilio de Paris *las leyes ordinarias de la prudencia cristiana*, tan olvidadas hoy día.

Otros documentos en que no se demuestra menos el espíritu de la Iglesia, ese espíritu de sabiduría, de prudencia y de circunspección, son, señores, los célebres decretos de Urbano VIII, relativos al culto permitido ó prohibido respecto á los servidores de Dios que no han sido aún canonizados ni beatificados, y á la publicación prematura é incompetente de sus milagros ó revelaciones. Para remediar, según el deber de su cargo pastoral, *los abusos cotidianos*, tal es la frase de Urbano VIII, á que se deja arrastrar una devoción intemperante, prohibió en su célebre decreto de 13 de Marzo de 1625, bajo las más severas penas, imprimir libros en que se cuenten hechos sobrenaturales con tal carácter, sin haber sido reconocidos y aprobados por el Ordinario, y fijó de un modo terminante el procedimiento que debe seguir el Ordinario en tales casos. Nueve años después, en 1634, Urbano VIII confirmó por un nuevo breve este decreto, añadiendo disposiciones más severas.

Por estos actos es preciso juzgar á la Iglesia y al espíritu de la Iglesia, y no por la temeridad de los que, á causa de mercantilismo ó de vana credulidad, olvidan sus prescripciones y abusan de su tolerancia.

Al proibir los abusos no había querido, sin embargo, Urbano VIII prohibir que se escribiera la vida de los servidores de Dios, no canonizados ni beatificados, y referir con prudencia y seriedad las revelaciones y los milagros que puedan atribuirseles. Declaró, pues, que el Prelado podría permitir tales relatos con dos condiciones: 1.ª El historiador evitará emplear la palabra *santo* ó *bienaventurado* de un modo *absoluto*; y 2.ª A fin de que los lectores no se engañen, deberá hacer *declaración expresa* de que estos milagros y estas revelaciones no han sido aún reconocidos por la Iglesia romana. Entre esto y la publicación ilimitada de toda clase de profecías y de revelaciones, hay un abismo, y pretender que Urbano VIII ha querido echar abajo la autoridad de los dos decretos y abrir de par en par la puerta á todas las publicaciones posibles, á esas *incalificables mistificaciones*, como decía monseñor el Obispo de Verdun en su carta á los Obispos de Francia el 6 de Febrero de 1849, á esa *taumaturgia de la ignorancia*, á esos *oráculos de contrabando*, como dice un piadoso y docto bolandista belga, á todas las inarrables necedades que nos inundan, es una teoría y una práctica tan contrarias á la verdadera religión, como al buen sentido.

Nos encontramos, señores, hoy día completamente dentro de los abusos que la Iglesia ha condenado: hay espíritus que sólo sueñan con milagros y profecías (1), y desde que se tiene noticia de alguno de ellos, sin esperar el examen ni el juicio de los superiores eclesiásticos, usurpando en esto, como en tantas otras cosas, la autoridad competente, la prensa los arroja á los cuatro vientos de la fama: aplicanse intrépidamente á la época actual los oráculos del Antiguo Testamento y las misteriosas revelaciones del Apocalipsis; se exhuman las antiguas profecías, se imaginan otras nuevas, se publican volúmenes de 300 páginas *precisando*, esta es la palabra, *la solución de la crisis actual, el reinado del Antecristo y el fin del mundo*. Otras obras aparecen con los títulos siguientes:

Colección de profecías antiguas y modernas, relativas al pasado, presente y porvenir, y anunciando especialmente los destinos de Francia, de Europa y de Oriente.

Retratos proféticos segun Nostradamus, ó Napoleon III, Pio IX, Enrique IV, conforme á la historia predicha y juzgada por Nostradamus. El Apocalipsis interpretado por Nostradamus, y las cartas del gran profeta (2).

(1) Había dicho que no entraría en ningún detalle, pero faltó á esta resolución, poniendo á vuestra vista, á título de ejemplo, las miserias que vais á leer, y que extracto de un grueso volumen de 300 páginas, publicado sin ejecutor de ninguna clase.

«Hemos leído en el *Rosul de Marta* (un periódico que lleva este título), y bajo el epígrafe de *Revelaciones importantes*, un pasaje que tiene aquí natural colocación y que confirma nuestros cálculos y nuestras profecías sobre el Antecristo. El autor de estos artículos habita en Ginebra, y los firma un *frances que ama á Francia*. Es persona relacionada con las primeras capacidades del mundo político y dotada de un talento grave, extenso, juicioso y profundamente religioso. Hé aquí el pasaje:

«Muchos comentadores de las Santas Escrituras consideran próximo el fin del mundo. Un hombre *ilustrado* asegura haber leído una revelación, cuando las matanzas en Siria en 1860, anunciando que estos sucesos se verificarían para festejar el nacimiento del Antecristo.—Otra persona *séria* me ha dicho haber hablado á un personaje que conocía á una dama francesa, la cual había visto al Antecristo. Cuando le vió, sintióse *este* acometido repentinamente de un fuerte cólico. Inquieta su madre, preguntóle lo que tenía, y le respondió:—No lo sé, pero al ver á esa señora he sentido dolores en el vientre. Esta debía ser, sin duda, la señal para que la dama le conociera, y ella declara que es un bello niño de diez á once años.

«Esta señora no es una mujer cualquiera. Ha desempeñado varias misiones de diversos soberanos, y hasta del Papa. Cuando llega á un pueblo cuyo idioma no conoce, entiende lo que le dicen y se hace comprender. Siempre desempeña las misiones sin dificultad. Al llegar al punto donde debe verificarlo, nada sabe; pero al encontrarse delante de las personas á quienes tiene que hablar, las ideas acuden á su cerebro y tiene conciencia de lo que dice; pero, cumplida la misión, de nada se acuerda.»

Otro indicio del fin del mundo:

«Hace algunos meses que un niño de trece años, etc., etc.» El disgusto impide continuar.

¡Hé aquí con qué se alimentan las almas píasosas!

(2) Es necesario ver la seguridad con que se habla del *gran profeta* que Dios (el camino, la verdad y la vida) nos ha guardado *para dirigir*

El director de un periódico religioso, tuvo hace algunos años la idea de dar, en folletín, á sus lectores la historia del Antecristo, bajo pretexto de que un periódico, para vivir, tenía que ser un poco excéntrico. Sin una advertencia caritativa y severa, el folletín, segun decia, hubiese durado cien años. Otro referia, bajo la fe de no sé qué extático, lo que pasa en el purgatorio, y hasta los días de fiesta y de descanso que Dios concede, segun aseguraba, á las pobres almas que están allí expiando (1). Y el hecho es cierto, señores; cuánto más excéntricas son algunas publicaciones, mayor atractivo tienen para ciertos espíritus enfermizos; imaginaciones perturbadas, inquietas por el porvenir, que se precipitan sobre este pasto: la especulación aprovecha la tendencia, y los escaparates de las librerías y estamperías religiosas se ven cubiertos de esas pobrezaas, con títulos de efecto, ó anunciando á plazo fijo grandes acontecimientos; por ejemplo:

Al 17 de Febrero de 1874,

¡¡EL GRAN ACONTECIMIENTO!!

¡¡PRECEDIDO DEL GRAN PRODIGIO!!

Los periódicos lo anuncian con estrepitosos elogios, como diciendo: *Un libro extraordinario*, etcétera, y es un libro que aplica á los tiempos presentes Daniel y el Apocalipsis, á pesar de las advertencias del Concilio de Letran. Se ha llegado hasta poner lo sobrenatural en calendarios, y tengo á la vista, anónimo por supuesto y sin pié de imprenta, *El calendario de lo sobrenatural*. La piedad poco ilustrada y la curiosidad perniciosas, se apoderan de estas publicaciones que se venden en cantidades sorprendentes (2). Se las discute en el seno de las familias, y los crédulos no pueden soportar á veces que no se tenga en tales asuntos su misma ciega fe, acusando de incredulidad y de heregía, sin saber el sentido de estas palabras, á los que se atreven á discutirlos. Naturalmente, de esto se valen los impíos para envolver en sus burlas y desprecios todo lo que es sobrenatural y religioso. ¡Se precocupan acaso estos celosos cristianos de la Iglesia, de sus re-

nuestros pasos, quitar el velo á la verdad de los grandes principios sociales y arrancar la Francia á la muerte.

(1) Tengo á la vista un folleto publicado sin *imprimatur* alguno con este título: *Apariciones proféticas de un alma del purgatorio*.

Y sin embargo, el Concilio de Trento ha dicho (Ses. XXV): Que los Obispos no permitan (¿Quién les pide hoy día permiso?) que se divulguen respecto al purgatorio cosas inciertas; que prohiban, como objeto de escándalo para los fieles, todo lo que vaya encaminado á curiosidad ó superstición: *Incerta et quæ specie falsi laborant, vulgari et tractari non permittunt. Ex vero quæ ad curiositatem quamdam aut superstitionem spectant, TANQUAM SCANDALA ET FIDELIUM OFFENDICULA PROHIBENT.*

(2) Un librero de París me ha asegurado que de el *El gran acontecimiento* se han vendido 50.000 ejemplares; pero la venta cesó naturalmente despues del 17 de Febrero.

glas, prescripciones y espíritu? De ningún modo. ¿Dónde está, pues, aquí el respeto, la docilidad, la prudencia cristiana, la verdadera piedad?

Es necesario ver, señores, lo que, en la mayor parte de estas elucubraciones, se hace con las Santas Escrituras. Jamás se ha abusado tanto de la temeridad de interpretar y acomodar, enérgicamente censurada por el Concilio de Trento. Llámase á esto aumento de direccion para las almas cristianas, y en el caos de tinieblas que produce, apénas encuentro yo mismo luz que pueda servir en algun modo de guía formal á la vida.

Prétendese que hay completa libertad en todo esto, gracias á la declaracion exigida por Urbano VIII. ¿Y qué? ¿Aun cuando al frente y al final de cada libro se declare que no hay deseo de apartarse del juicio de la Iglesia, desmintiéndolo en todas la páginas, puede decirse que Urbano VIII permite publicar cuanto se quiera? Seria desconocer demasiado, señores, el espíritu que ha dictado los dos grandes decretos de este Papa y olvidar el objeto preciso de estos decretos, extendiéndolos á casos en que no pueden aplicarse; es olvidar el espíritu y las prescripciones de los precedentes concilios, es olvidar, en fin, las enseñanzas más elementales de la teología y de la moral cristianas.

En efecto; los teólogos y los canonistas ménos severos lo reconocen; se comete pecado, pecado grave, muy grave contra la piedad y la caridad, es decir, contra Dios y las almas, propagando falsas revelaciones y falsos milagros, pecado que ninguna piadosa intencion puede excusar: *Peccatum maximum, contra pietatem et charitatem, quod nulla pia intentione potest excusari*. Así escribe Albicinos, de todo punto conforme con Cayetano, Sanchez, Melchor Cano, Baldellius y tantos otros (1). Hé aquí cómo se explica en este punto el sabio jesuita que redacta en Bélgica la *Coleccion de reseñas históricas*: «Desempeñar el papel de falso profeta es uno de los crímenes más espantosos que pueden imaginarse: es abrogarse un atributo divino; es una horrible blasfemia; es engañar la buena fe de las mejores almas en las cosas más importantes, lo que constituye una de las mentiras más perniciosas. Esto es, desacreditar las profecias más divinas y hacer que se debilite ó se pierda la fe en los corazones poco firmes...»

Inútil es añadir que los que propagan las falsas teorías por copia, ó por la prensa ó por el comercio, participan del pecado de los falsos profetas. No hay teólogo, por poco instruido que sea, que no convenga en estos principios.

Dirán algunos que lo hacen de buena fe. ¿Pues qué, la temeridad, la presuncion, el deseo de ganancia, y, puesto que preciso es decirlo todo, la pasion política, constituyen acaso la buena fe? ¿No tomáis ninguna de las precauciones necesarias en estas materias para no incurrir en error ni hacer que los demas incurran, y en lo que los más doctos titubearian, ó mejor dicho, no titubearian, tan manifiesta es á veces la necedad, decidis vosotros y arrojais como pasto á la credulidad y á la incredulidad los milagros ménos probados, las profecias más absurdas, y en seguida invocais la buena fe? No: eso es intolerable ilusion de la conciencia.

Y no se alegue la tolerancia de la Iglesia. La Iglesia, señores, es madre de las almas y se porta con ellas maternalmente. Sabe que el sentimiento religioso, como todo gran sentimiento, no se contiene exactamente en los límites rigurosos de la fria ley, saliendo á veces de ellos y desbordándose. Por eso cierra voluntariamente los ojos si, al lado de las grandes corrientes de la piedad católica, se forman lo que llamaré inocentes derivaciones; pero la tolerancia tiene sus límites, y cuando se rompen los diques y las derivaciones son desordenadas, entónces tenemos el deber de levantar la voz y advertir el peligro, que es lo que hago en este momento. La libertad de la prensa que entre nosotros existe, no permite á los Obispos acabar, como el bien de las almas lo exige, con la especulacion miserable que explota, so color de religion, la credulidad y la piedad. Deber nuestro es, señores, denunciar altamente estos abusos y negar toda solidariedad de la Iglesia con tales explotaciones; y el vuestro, guiar á los fieles en el sentido de las advertencias y prohibiciones referidas.

Y la explotacion no se detiene aquí, sino que pasa de las profecias y de los milagros á ciertas devociones y á ciertos libritos piadosos que pululan, sin aprobacion de ninguna clase. Lo mismo sucede con cierto comercio de imágenes religiosas, emancipado tambien de toda fiscalizacion, y que puede decirse llega á veces á los últimos límites del ridículo y de la insulsez. ¿Qué ha llegado á ser, en verdad, en el espíritu de los fieles la frase de San Pablo: *Posuit Episcopus regere Ecclesiam Dei!* ¿Cualquier especulador, cualquier iluminado, cualquier soñador, cualquier espíritu débil ó de cortos alcances, puede dar como pasto á la piedad de los fieles el alimento que le parezca? No. Un editor cristiano que se respete, jamás debe publicar en materia de religion ni siquiera un sencillo libro de piedad que no esté aprobado por la autoridad eclesiástica. En el siglo XVII, siglo de teología, siglo de

(1) De *Inconstantia in fide*, cap. XL, núm. 193.

los Petau, de los Thomassin, de los Bossuet, de los Bourdaloue, nadie traspasaba estas reglas, pero hoy nadie hace caso de ellas (1).

Esto no quiere decir, y conviene que el público religioso lo sepa, que la autoridad eclesiástica recomiendo todos los libros cuya impresion permita. Un *imprimatur* no supone que el libro deje de ser mediano, pero en esta condicion prévia hay una garantía contra la ignorancia y el error. De la misma suerte, para no exagerar nada y tener á todas las almas las consideraciones necesarias; para no ejercer sobre nadie una tiranía que procedería más bien de la ignorancia que de la ciencia, preciso es saber que un juicio de la autoridad episcopal acerca de los hechos sobrenaturales, cuyo conocimiento le corresponde, no se parece á una decision dogmática, y que, por tanto, si este juicio merece siempre respeto, no impone á la conciencia una adhesion absoluta; pero la piedad de los fieles estará tanto más segura cuanto el juicio dado haya sido más solemne; y la autoridad eclesiástica ha permitido, áun en nuestro siglo, elevar edificios sagrados á la memoria de estos hechos, autorizando devociones públicas, grandes peregrinaciones y numeroso concurso de pueblos.

La seguridad consiste, señores, en no apartarse de estos principios. Digámoslo repetidamente. La Iglesia ha reservado á la autoridad eclesiástica conocer de los hechos sobrenaturales: cuando esta autoridad ha decidido, los fieles obran temerariamente suponiendo falsas y combatiendo devociones y prácticas que están así autorizadas; pero también se abusa propagando profecías sin autoridad; se abusa exponiéndolas á la credulidad y á la incredulidad públicas, y se abusa peligrosamente alimentando el entendimiento con lecturas donde ninguna guía se advierte; donde el campo se abre ilimitado á quimeras y delirios de la imaginacion (2).

(1) Y, sin embargo, el espíritu de la Iglesia aparece claramente en este punto, en el célebre decreto del Concilio de Letran, en tiempo de Leon X, de *impressione librorum*, y en el del Concilio de Trento sobre el mismo asunto; sesion iv.

(2) Esto es lo que monseñor al Obispo de Colonia recordaba en su mandamiento de Cuaresma en los términos que afortunadamente puedo presentar á vuestra vista:

«En nuestros días, como en todas las épocas en que acontecimientos importantísimos conmueven profundamente las almas, oyes hablar mucho de profecías y de predicciones que anuncian toda clase de signos y de milagros de que Dios se servirá para atajar de pronto los designios de sus enemigos, y para preparar á su Iglesia un brillante triunfo. Pero estas pretendidas profecías, mis queridos hermanos, no están en el espíritu del Evangelio. No las presteis fe alguna, ni pongais en ellas vuestras esperanzas. Sin duda alguna, en nuestros días el Espíritu de Dios, que ha inspirado á los profetas en todas las épocas, inspira cuándo y dónde quiere. Pero ¿dónde están las pruebas ciertas de que el espíritu de Dios ha hablado á estos pretendidos profetas? El Todopoderoso que es paciente y está lleno de longaninidad, porque es eterno y al mismo tiempo

Con frecuencia se pregunta: ¿creéis en las profecías y en los milagros? Sí y no, puede responderse. Segun de los que se trate. En general, sí; creemos en ellos y no somos de los que están dispuestos, como Fenelon decia, á rechazar sin exámen, y calificándolas de fábulas todas las maravillas que Dios ejecuta. Pero, precisando la cuestion, si se pregunta ¿creéis en tal revelacion, en tal aparicion, en tal curacion? Entónces es cuando conviene, señores, no olvidar las reglas de la prudencia cristiana, ni las advertencias de las Santas Escrituras, ni la doctrina de los teólogos y de los santos, ni, en fin, los decretos de los Concilios y la razon de estos decretos. ¿Ha hablado la autoridad competente? Si ha hablado, inclinémonos con todo el respeto que se debe á la gravedad y á la madurez de los juicios eclesiásticos, aunque no tengan carácter de infalibilidad; si no ha hablado, no seamos, ni de los que rechazan todo perentoriamente y á todo el mundo quieren imponer su incredulidad, ni de los que admiten todo á la ligera, y de igual suerte desean imponer su credulidad. Al discutir un hecho particular guardémonos bien de rechazar el principio de lo sobrenatural; pero tampoco cerremos los ojos á la evidencia de los testimonios, siendo prudentes hasta que se verifique el atento exámen que la materia exige, y las Escrituras recomiendan; pero no escépticos: sinceros y no visionarios. Esta es la medida. No olvidemos que lo más frecuente y seguro en estas materias es no precipitar el juicio, no resolver, afirmando en absoluto; en una palabra, no adelantar, ni en un sentido ni en otro, el juicio de aquellos que tienen la autoridad y la mision de examinar y resolver, sino esperar, en la sencillez de la fe y de la sabiduría cristiana, una resolucion que fije la regla prudente de conducta, aunque no siempre con absoluta certidumbre.

Voy á terminar:

Cada cual, señores, debe desconfiar de sus tendencias. La incredulidad no quiere ver á Dios en ninguna parte, el iluminismo lo quiere ver en todas; esto último sucede en efecto, pero no siempre por medio de profecías y de milagros, pues de otra suerte lo sobrenatural absorbería lo natural, y lo extraordinario llegaría á ser ley ordi-

infinitamente sabio y bueno, prepara de ordinario la ruina del mal por el desarrollo natural de las consecuencias del mal mismo, y raramente se manifiesta por una intervencion extraordinaria y excepcional en el curso de las cosas humanas. Las angustias actuales de la Iglesia, los esfuerzos y la hostilidad de sus enemigos, y todos los grandes acontecimientos de nuestro tiempo servirán en último caso á la realizacion de sus designios.

Esto es lo que debemos formalmente esperar de las infalibles promesas de la palabra divina y de la divina misericordia; esto es lo que sabemos por las enseñanzas de nuestra fe, y este es el profundo sentido del antiguo proverbio aleman, tan consolador y con tanta frecuencia comprobado: «Cuanto la necesidad es más extrema, más cerca está el auxilio de Dios.»

na. Dios cuida, sin duda alguna, con intervenciones bastante visibles, de que le recuerden los siglos que le olvidan. Mientras que sus golpes admiran y perturban á los impíos, los creyentes se dirigen á Él en las calamidades públicas y privadas, con angustiosa esperanza. No debemos, pues, señores, desanimar á los que esperan, ni á los que ruegan. En estos tiempos de extrañas vicisitudes en que el alma del cristiano, oprimida por el recuerdo de tantas desgracias y con la amenaza de tantos peligros, experimenta la necesidad de acercarse con mayor fuerza al cielo, al ver que la tierra desaparece bajo sus piés, y nos faltan los apoyos humanos con que debíamos contar, no quiera Dios que entristezcamos la piedad. No; pero tampoco permitamos que se extravíe á causa de esa afición á lo extraordinario y á lo prodigioso, llevada hasta la ilusion y la extravagancia, hasta la presuncion y la inercia. Puede decirse que tentar á Dios es hoy el atractivo peligroso de ciertas almas, y hay muchas maneras de tentarle. Los hay que en vez de luchar virilmente, se cruzan de brazos y dicen: «Dios está allí.» «Dios hará un milagro,» y creen haberlo dicho todo. Con tales confianzas, señores, ni se repara nada, ni se salva nada. Los hay que, más temerarios aún, multiplican tranquilamente las faltas, los desafíos á lo imposible y se arrojan, por decirlo así, desde lo alto del templo, como si Dios hubiera prometido enviar sus ángeles para detenerles en la caída; y lo cierto es, que con tales temeridades, se llega al suelo destrozado. Los hay, en fin, que parece han penetrado en los designios de Dios; que conocen sus determinaciones acerca de la Iglesia y de Francia, y aplicando á hechos particulares las promesas generales, anuncian sucesivamente la victoria ó la ruina, y á veces la victoria ó la ruina por mano de tal hombre, ó por tal medio, ó para tal día y hora. Dios hará, señores, lo que quiera, lo que mereceremos que haga, y acaso, en su misericordia, lo que no hayamos merecido; pero este es su secreto y á nosotros no toca prescribirle lo que debe hacer. Sucederá, sin duda alguna, lo que Dios quiera; pero ¿qué querrá? Temamos que quiera aún castigarnos por nuestras temeridades, nuestro egoismo y nuestra molicie, y procuremos merecer que nos salve, trabajando con todas nuestras fuerzas y por todos los medios de prudencia humana y de sabiduría cristiana que de nosotros dependen, para salvarnos por nosotros mismos.

En este sentido debe entenderse y repetirse la bella frase de San Pedro: *La verdadera profecía consiste en resignarse á la voluntad de Dios y en hacer todo el bien posible.* Roguemos, esperemos y

sobre todo trabajemos, porque de ordinario la cooperacion del hombre debe ajustarse á la operacion de Dios; y todo instrumento de la Providencia debe responder á su mision; si no, Dios le rechaza, porque de ninguno necesita. La historia de los individuos como la de los pueblos está llena de estos ejemplos. Si no fuera así, el dogma cristiano de la Providencia se parecería demasiado al *fatum* de los paganos, y bastaría al hombre esperar con los brazos cruzados las determinaciones del destino. Permanezcamos, pues, señores, dentro de la gran sencillez de la fe evangélica; evitemos los decaimientos, las presunciones y las quimeras; seamos cristianos y seamos hombres. Amemos á la Iglesia, esta madre de nuestras almas, y seamos agradecidos á las luces que nos da, agradecidos y dóciles; y si la amamos, no debemos limitarnos á compadecer con lágrimas y gemidos los profundos males que sufre en estos momentos; ofrezcámosla viril concurso, y en caso necesario generosos sacrificios; sirvamos con resuelto y eficaz esfuerzo á nuestra querida patria; comprendamos lo que de nosotros exige para curar y rehacerse. En una palabra, seamos una generacion enérgica y adicta, inteligente y activa, creyente y trabajadora, que comprende las necesidades y la marcha de las agitaciones humanas, que no se asusta más de lo que conviene á los que deben percibir de las luces de la fe algo de la sabiduría y de la paciencia de Dios, y que, sin recurrir á vanos y sospechosos oráculos, pueden encontrar en la historia de sus padres y en los recuerdos del pasado los secretos de la Providencia y las esperanzas en lo porvenir.

Contad de nuevo, señores, con la seguridad de mi afectuosa consideracion.

FÉLIX DUPANLOUP,
Obispo de Orleans.

(Le Correspondant.)

NATACHA.

(Conclusion.) *

III.

Paris, Noviembre.

Daba la una cuando entré en el corredor que conducia á la habitacion de Mme. de V... Me estaban esperando, é inmediatamente me condujeron á un saloncito lleno de flores y de telas á medio bordar, esparcidas por los muebles. Impregnaba la atmósfera un vago perfume de violetas que inmediatamente reconocí.

* Véanse los números 6, 7 y 8, páginas 184, 207 y 249.

Sentada en un pequeño divan junto al balcón, cuya persiana estaba descorrida, la ví bordando. Un rayo de sol que se filtraba por los intersticios de la persiana iluminaba su cabeza, cubriendo de polvo dorado sus cabellos. Al verla, me quedé absorto. Atravesé rápidamente la habitación, me acerqué á ella, cogí una de sus manos entre las mías y la interrogué con mis ojos, porque no podía hablar. Débil rubor sonrosó sus mejillas, y sin levantar la vista, me indicó una butaca frente á ella; llamó é hizo que se llevaran al niño, que jugaba á sus pies en la alfombra. Quedamos solos.

Mudo y extático la contemplé lentamente, facción por facción, queriendo tomar con los ojos posesion de mi dicha. Estaba muy pálida y algo más delgada. Los anchos pliegues de un peñador de muselina la envolvían como una nube. Sus cabellos, separados en la frente, se unían con negligencia á la espalda en una sola trenza. En presencia de aquel bondadoso semblante, pálido y abatido, la pasión de mi alma convirtiéndose en ternura y en profunda piedad.

—¡Sufrís mucho!—le dije.—¿Por qué no me habeis permitido veros ántes?

Al mismo tiempo me levanté, y por primera vez se encontraron nuestros ojos. No sé lo que habia en los míos; en los suyos lei una súplica, una órden á que no podía sustraerme. Me senté de nuevo, esperando lo que iba á suceder.

—Caballero—dijo; pero le faltó la voz y se detuvo. Para reponerse se inclinó sobre el bordado. Su agitacion crecia, notándose, al través del vestido, las rápidas palpitaciones de su corazón, y su mano temblaba medio oculta bajo el encaje que le caía hasta el puño.

Confusa inquietud agitó mi ánimo.

—Por Dios, decidme lo que os pasa. ¿Ha sucedido algo? No puedo expresaros mi martirio. Vuestro inexplicable silencio...

Hizo con la mano un movimiento para impedirme continuar.

—Lo sé, caballero; debo daros una explicacion y os la daré—dijo, y apartó el bordado, exhalando largo suspiro. La desolada expresion de su rostro afigia el alma.

—No—contesté dulcemente,—no me expliqueis nada. Lo único que os pido es una palabra que me tranquilice. Hace dos dias que no vivo.

—Yo también sufro,—dijo con voz apagada; y, dirigiéndome una mirada angustiadísima, añadió lentamente:—No os amo.

Tuve que agarrarme á alguna parte, porque creí caer de la butaca.

—Comprendedme, caballero, os lo ruego,—continuó con la misma mirada de súplica.—No hablaré de principios ni de deberes que, ante vos, no

tengo derecho á invocar. Os diré la verdad cual la siento en lo íntimo de mi conciencia y de mi alma. No puedo amaros, porque esta idea subleva, no mi orgullo, no lo tengo, pero sí todas las religiones de mi corazón. Junto á vos me ha sorprendido un minuto de delirio; odio ese minuto y quisiera rescatarlo al precio de mi vida; pero como esto no es posible, como todas las lágrimas de mis ojos no bastarían á lavar la mancha, me queda únicamente una esperanza y depende de vos. Os lo suplico, caballero, lo imploro; olvidadme, como yo procuraré olvidaros.

Repuesto un poco de mi primer estupor, mi cabeza empezaba á despejarse, y con la lucidez comprendí la necesidad de luchar y de defender mi dicha. Con toda mi fuerza rechacé la conviccion. Mis oídos habian entendido bien; mi alma se negaba á comprender, y despertaba y se removía en mí el salvaje instinto del desgraciado á quien quitan la última esperanza.

—No,—exclamé,—es imposible. No creo ni una palabra de lo que decís. Quereis hacer una prueba, ignoro con qué designio; os advierto que es terriblemente peligrosa. Teneis en vuestras manos mi razón y mi vida, y hareis mal en jugar con ellos. Es muy serio, os lo aseguro, mucho más serio de lo que creéis.

Me miró con una expresion extraña. Comprendí que en mi acento y en mi fisonomía habia algo que la inspiraba miedo. Su mirada me contuvo.

—Perdonadme, señora,—continué más tranquilo.—Es difícil contenerse cuando en el juego se empeña toda la vida. Lo que queria decir es que, al tratar de engañarme, os engañais vos misma. Dominada por un sentimiento que comprendo, decís que no me amais y creéis que todo ha concluido. No es así... ni puede ser... bien lo conoceis. Al través de este pasajero desaliento, sabeis que me amais y sabeis que os amo... que os amo como seria imposible decirlo. No tengo una alegría, ni un pensamiento, ni una esperanza que no seais vos... lo sois todo para mí, porque sois mi amor y mi amor es mi vida.

Habia apoyado la cabeza sobre el respaldo del divan, y dos lágrimas se desprendieron de sus pupilas, rodando lentamente por sus mejillas.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—murmuró.

—¿Lo veis? Estais sufriendo porque nada en el mundo puede romper los lazos que nos unen. Vuestro corazón es mi corazón, vuestra alma es mi alma. ¿Creéis que se cambia un beso y que no se cambia el alma? Creéis que podemos separarnos? ¡Es locura! Preguntad á vuestro corazón y oid lo que os dice.

Su pálido semblante palideció más todavía.

Levantó débilmente la cabeza y vi que hacia un esfuerzo para hablar.

—¿Lo que dice mi corazón? ¿Lo sé yo acaso? Lo que sé es que desde aquel momento no me he atrevido á abrazar á mi hijo. La ofensa que he hecho á mi hijo y á mi marido se levanta en mi conciencia y aparta mi alma de vos. Cuando me encontré sola aquella noche, entre los dos séres á quienes habia ultrajado mortalmente, me causaba horror á mi misma. Caí de rodillas, intenté rezar y Dios no quiso oirme; le habiais arrojado de mi corazón. Entónces, no sabiendo dónde acudir, mi pensamiento se acogió á vos, y desde lo íntimo de mi desventura, apelé á este amor que debia ser ya mi único refugio. Os lo juro, en aquel instante hubiese dado mi vida por otro minuto de delirio; pero en vano mis labios pronunciaban vuestro nombre, que no me traia ningun consuelo, sintiendo sólo la vergüenza y el remordimiento. No sabia dónde ocultarme á mi misma, y la expiacion fué dura, tanto, que la muerte, comparada con ella, me parece agradable... Mi única esperanza era que, sufriendo vos como yo, partierais, sin procurar volver á verme... No ha sido así... pero al ménos, libradme de este suplicio.

Y sollozando ocultó el rostro entre las manos.

La habia escuchado como se escucha la sentencia de muerte. Cada una de sus palabras ahondaba el abismo entre nosotros. En algunos momentos parecíame tan imposible la realidad, que creía soñar, y un instante despues creia sueño lo pasado, necesitando un esfuerzo para convencerme de que era aquella la mujer que habia tenido muerta de amor junto á mi corazón. El desastre era tan grande que no lo abarcaba por completo, y parecíame que debia haber un punto por donde atacar y hundir la implacable verdad erguida ante mis ojos. Acogiéndome á un débil reflejo de esperanza, me levanté, me aproximé á ella y la cogí una mano.

—Miradme—le dije;—soy hombre que ha conocido en su vida todas las tristezas y que ha sufrido toda clase de desengaños. He creído algunas veces que mi corazón iba á romperse, que mi alma vestia eterno duelo, y he resistido, saliendo más fuerte de la prueba. Jamás tuvo el dolor poder bastante para abatirme, y ahora lloro á vuestros piés. Mi fuerza, mi valor, mi orgullo, no los encuentro; me he vuelto cobarde y tengo miedo al sufrimiento. Perderos es dejar de existir, y lo que siento en este instante lo sentís vos misma; pero, como sois altiva, quereis luchar contra lo que es más fuerte que vuestra voluntad. Os decís y me decís:—No amo;—y obligais á vuestro corazón á callarse: pues bien, ese corazón, ahogado hoy, despertará mañana; vuestra

conciencia que os aprueba ahora, os condenará más tarde, porque me amareis, hagais lo que hagais; el impulso que os ha entregado á mi, os ha entregado completamente; no podeis recobrar vuestro albedrio, porque me pertenecéis.

Me escuchaba dilatando sus grandes ojos, llenos de emociion y de espanto, y en los que, por intervalos, brillaban sombríos reflejos. Tenia una de sus manos, cogi la otra y la atraje hácia mí.

—¡Separarnos!...—le dije,—es insensato. ¿No veis que ambos estamos locos? Hace una hora que sufrimos, teniendo la felicidad en nuestras manos. ¡Compadeceos de vos y de mí!

Su rostro estaba tan cerca del mio, que sentia su aliento en mis labios. Todo su cuerpo se estremecia, y en no sé qué flojedad de mis propios nervios conocia que su voluntad se quebrantaba.

De pronto se levantó, apartándose de mí, temblando, pero resuelta. Por una de esas reacciones violentas, privilegio de las mujeres, habian reconquistado toda su energia en el momento en que al parecer iba á faltarle.

—Hablais de felicidad—dijo.—¿Sabeis lo que es la felicidad? Lo que yo tenia ántes de conoceros, el afecto de mi marido, el amor de mi hijo, mi propia estimacion, mi vida sin tacha, la paz de mi conciencia, la tranquilidad, el honor, todo lo que me habeis quitado. Ahora... ¿qué me queda? Una vida de dolor, el remordimiento unido á todas mis ideas, el porvenir oscurecido por el recuerdo de lo pasado, la mentira siguiéndome fatalmente paso á paso, mentira para mi marido, á quien debo dejar que ignore eternamente lo indigna que soy de su confianza, mentira para mi hijo cuyo respeto robaré, mentira para mi propio corazón que no sabe ya lo que quiere, ni lo que ama. Esta es la vida que empiezo. ¡Y me hablais de felicidad, vos, á quien debo existencia tan miserable; vos, que me habeis enseñado lo que es la vergüenza; vos, de quien quisiera olvidar hasta el nombre, hasta el recuerdo; vos, por quien he causado á los séres que más amaba un daño irreparable! Comprendedlo bien... me horrorizais.

—Deteneos—exclamé sofocado y fuera de mí.—No sabeis lo que decís.

No pude articular una palabra más, porque literalmente la voz quedó estrangulada en mi garganta, y estreché con ambas manos mi frente cual si mi razon fuera á escaparse; cuando levanté de nuevo la cabeza, Mme. de V... habia caído sobre el divan, respiraba penosamente y parecia abatida.

Mientras habia esperado habia sufrido; ahora ya no sufría; no era sólo mi esperanza la que habia muerto, habia sentido que mi corazón,

después del último y terrible sacudimiento, moría dentro del pecho.

—Tranquilizaos, señora,—le dije con calma.—Partiré. Podeis desde este momento borrar de vuestra memoria. No oireis hablar más de mí. Haré cuanto sea preciso para asegurar vuestro reposo, y os pido únicamente que me digais cómo lo aseguraré mejor. ¿Dónde quereis que vaya? ¿Qué distancia deberá separarnos? ¿Qué debo hacer para evitaros hasta mi recuerdo?

Ya no era la misma mujer. El esfuerzo que acababa de hacer la habia destrozado, y no se advertia en su semblante la expresion de enérgica voluntad. Lloraba.

Su voz, cuando habló, tenia acento de dulce súplica.

—Hay una cosa, una sola que pudiera darme alguna tranquilidad. Si tenéis piedad de mí, no os negueis, aunque os parezca extraño, á lo que voy á rogaros. Una idea me tortura, la de haber perturbado vuestra vida, al perturbar la mia: pues bien, esta idea desaparecerá el dia en que sepa que os habeis casado.

No pude contener una exclamacion de ironía y de cólera; pero ella continuó sin detenerse:

—Prometedme, dadme vuestra palabra sagrada é irrevocable, como se le da á un moribundo, de que pronto, tan pronto como podais, colocareis esa barrera entre nosotros.

Y añadió con creciente exaltacion:

—Mientras sepa que estais libre, me parecerá que no nos hemos separado, creeré ver vuestro pensamiento á mi lado y no tendré reposo ni de noche ni de dia. Cuando esteis casado no me atreveré á pensar en vos, y, creyendo que me habeis olvidado, acaso pueda tambien olvidaros. Pensad en lo desgraciada que soy. ¿Habré de sufrir toda mi vida, como ahora, dependiendo de vos que recobre la calma? Lo hareis, ¿no es verdad?

Yo permanecia mudo, y agitaba mi cuerpo prolongado estremecimiento. Hacia un instante que veia claro y volvia á ver la felicidad, pero la felicidad de un momento, para nunca más volver. Creyó que mi silencio era una negativa.

—¿No quereis?—dijo cruzando las manos.—Entónces ¡Dios mio, qué va á ser de mí! Era mi última esperanza. ¿No me comprendéis?

Sí, la comprendia y mi alma toda era presa de la más violenta conmocion. La cogí por los puños y la obligué á mirarme.

—Escuchadme bien—le dije;—vuestro terror, vuestros temores... no son más que amor. No lo sabeis vos misma, pero así es. Ahora estoy seguro de que me amais. Rechazando este amor, sufris tanto como yo, y conozco, comprended

bien, conozco que, por grande que sea vuestro valor, sucumbiria. Si quisiera, mi dolor se trocaria en este instante en inefable dicha. Escuchad á vuestro corazon que late fuera de sí, miéntros tengo en las mias vuestras manos. Pues bien, os amo y os admiro tanto, que no querré. Creéis encontrar la tranquilidad en el olvido: así sea... Renuncio á vos libre y completamente, y juro casarme. Os prometo además que, ni con el pensamiento profanaré vuestra imágen, ni siquiera besaré la falda de vuestro vestido, pero por precio de todo esto, que es mucho más que daros sencillamente mi vida, necesito una palabra de vuestra boca. La idea de perderos me duele ménos que la de no haber sido amado por vos. Sé que esto no es verdad; pero lo habeis dicho; acaso lo habeis creído. Recoged esa frase cruel, no temais nada, para mi sois ya más sagrada que ántes. Pensad en la existencia á que me condeno. Sólo viviré para un recuerdo; sólo un rayo de luz iluminará mi alma... esa palabra que vais á pronunciar y que escucharé de rodillas, porque es á la vez mi dicha y mi castigo. Decidme una vez, la última, que me amais.

No contestó; sus labios guardaron santamente, hasta el fin, el secreto de su corazon, pero sus grandes ojos, brillantes y cubiertos de lágrimas, me permitieron leer la verdad. Oculté el rostro entre los pliegues de su vestido; no me atrevia á mirarla...

Su hijo llegó algunos instantes después. Le puso sobre sus rodillas, le besó apasionadamente y le estrechó largo rato contra su corazon. Gruesas lágrimas salian de sus ojos, deslizándose como diamantes por entre los rizos de sus cabellos.

—¿Por qué lloras, mamá?—le preguntó.

—Porque te amo... te amo, hijo de mi alma.

Oyéronse pasos en el corredor.

—Ahí está papá que vuelve—exclamó el niño y corrió á su encuentro.

—¿Quereis que me vaya? ¿Quereis que me quede? ¿Podré volveros á ver ántes de partir?

Cambió de color tan débilmente que apenas fué perceptible.

—Nó—respondió pasado un momento.—¿A qué sufrir dos veces?

—Entónces—le dije, palideciendo á mi vez,—es un adios... un adios para siempre.

Me alargó la mano, fria como el mármol. La cogí, la apreté contra mis labios y no podia separarla de ellos.

—¡Por Dios!—dijo—¡Mi marido!

Abrióse la puerta, en efecto, y apareció en ella el general con una red de pescar en la mano y su hijo colgado al cuello.

—No me atrevo á entrar—dijo.—Estoy horrible. Esos malditos pantanos le ponen á uno de un modo... Buenos dias, conde. ¿Va bien hoy, Natacha?

La indiferencia del general desentonaba bastante.

—Entrad como esteis—dijo ella;—el conde parte y desea despedirse de vos.

—¡Ah!... ¿partís?

—Sí, general, esta tarde ó mañana.

—¿Nos veremos todavía?

—Seguramente. Volveré, si me lo permitís, para daros el último apretón de manos.

Los tres conocíamos la necesidad de abreviar esta escena. El general retrocedió hácia la puerta, yo saludé á Mme. de V... y salí al mismo tiempo que él.

No intentaré decir lo que para mí fué el resto de aquel dia. No se describe la desesperacion; para describir es preciso hablar, y quien se ha retorcido en sus ansias mortales, jamás habla de ellas. Paseaba por mi habitacion mudo, estúpido, anonadado, incapaz de reflexion. Embargaba todas mis facultades un entorpecimiento que ni queria ni podia sacudir, experimentando la sensacion material de un frio intenso que bajaba de la cabeza al corazon. Toda mi alma la desgarraba, fibra por fibra, uno de esos dolores continuos é implacables, contra los cuales no hay esfuerzo posible, porque se conoce la inutilidad de la reaccion y se abandona uno al sufrimiento.

Encontraba en mí una especie de duplicidad de sér moral, uno sufriendo y otro razonando y procurando á cada instante juzgar la situacion. Yo he tenido, decia para mí, otros amores, otros desengaños, otros pesares, ¿por qué no me han conmovido tan profundamente? Porque, si hay infortunios en los que cabe consuelo y olvido, los hay tambien tan irreparables como la muerte. Hacía esta reflexion como si no se tratase de mí. Recordaba una antigua conseja, segun la cual todo hombre se encuentra una vez en la vida cara á cara con su felicidad. Yo la habia encontrado y habia desaparecido ya. Maquinalmente cogia un libro, leia media página, el libro caía de mis manos y permanecia inmóvil, fija la vista en el vacío, procurando coger mis ideas que pasaban sin detenerse por el cerebro.

A la hora habitual bajé al salon. Si en la imperfecta naturaleza humana hay algo digno de admiracion y respeto, es el poder de la voluntad que permite cubrir la agonía del corazon con la máscara tranquila de la indiferencia. El más bello de todos sus privilegios es el de sufrir con la sonrisa en los labios. Se va y se viene, se habla, hasta se demuestra interes por alguna cosa, y mientras

tanto se pregunta uno: ¿Estoy vivo ó muerto?

Me senté junto á una mesa llena de periódicos y folletos. Los iba cogiendo sucesivamente sin darme cuenta de lo que hacia, cuando observé que se sentaba otra persona frente á mí. Era Mme. Diloir que extendia sobre el aterciopelado tapiz un brazo de incomparable blancura, y que estudiaba la política haciendo brillar, bajo los reflejos chispeantes del cristal de la lámpara, los de sus bellos ojos.

Entablóse entre nosotros el siguiente diálogo:

—¿No me guardais rencor?

—¡Yo, señora! ¿por qué?

—Creo que advertiríais ayer que no éramos muy amigos.

—No he advertido en vos ninguna hostilidad.

—Lo cual quiere decir que me perdonais.

—Quisiera poderlo hacer, puesto que en ello mostrais empeño; pero no hay motivo de perdón cuando no se ha recibido ofensa.

Mme. Diloir se sonrojó ligeramente.

—Seguramente no sois bueno. ¿Necesitaré cobraros miedo?

—Seria grave error, mi querida señora. Soy incapaz de matar una mosca.

—Una mosca podrá ser... En fin, yo me entiendo, y como no quiero reñir con vos, suponed que os creo. ¿Quedan hechas las paces?

—Si nunca hemos estado en guerra...

—De hecho no; pero en mi interior he guerreado terriblemente con vos... La guerra ha terminado y no volverá á empezar.

Todo esto lo decia rápidamente, en voz baja y sin levantar la vista del libro que hojeaba. A diez pasos de ella la estaba observando su caballero castellano con tempestuoso fruncimiento de cejas, y al parecer, ella no se sentía á su gusto bajo la inspeccion de aquella mirada.

—Me ahogo aquí—dijo.—¿Quereis acompañarme á dar una vuelta por el parterre?

Salimos por la puerta que daba al jardin, y durante un cuarto de hora paseamos por delante de las ventanas del salon. Hablaba mucho y sin detenerse de cuanto se le antojaba. Yo la escuchaba apénas y respondia por casualidad, porque su voz era para mí en aquel momento un rumor sin sentido que me aburría y fatigaba.

Por fin se detuvo.

—Me voy dentro de algunos dias—dijo;—¿Ireis á verme en París?

—Si lo deseais, con mucho gusto.

—Es una promesa. ¿No es cierto? Recordadla, porque tengo en que la cumplais algun interes... mucho. Os esperaré todos los dias, y si tardais en ir, creeré que me habeis olvidado.

Quitó una rosa que llevaba prendida á la cin-

tura y me la alargó, poniendo el semblante como los niños, cuando no saben á punto fijo si reir ó llorar.

—Entre tanto, ahí teneis una flor que os obligará á recordarme, al ménos esta noche. ¿Qué vais á hacer de ella? ¿Dónde os la pondreis?

—¡Dios mio! señora, ¿dónde quereis?

Ocurrióme de pronto una idea y puse la flor descaradamente en un ojal de mi levita.

Cuando volvimos al salon, el marqués estaba verde.

Una hora despues, al retirarme, se acercó á mí.

—Una palabra—me dijo.

Y nos apartamos para hablar solos.

—Me desagrada, caballero, que lleveis esa flor.

—Lo siento; porque la flor está en su sitio y en él permanecerá.

El asunto se arregló en tres palabras, puesto que ambos deseábamos el mismo arreglo, y á las diez de la mañana siguiente nos encontrábamos en el terreno.

Este modo de abandonar la vida parecíame sencillo, cómodo, y, bajo todos los aspectos, conveniente. Sin premeditarlo, la casualidad me lo ofreció y lo acepté. Además, tenia la ventaja de cambiar el rumbo de las sospechas si, lo que juzgaba imposible, habia traspirado algo.

El marqués, en su calidad de verdadero castellano, no habia querido privarse del gusto de abrir paso á su venganza con la punta de una espada. Durante algunos minutos el juego fué cerrado, porque él tenia empeño en matarme y yo en que su victoria fuese verdadera. Era el mejor modo de pagarle el servicio que me hacia. Despues de algunos rápidos pases, caí; pero, calculando mal el movimiento, al arrojarle sobre el arma de mi adversario, en lugar de recibir la estocada en el corazon, desvióse la punta de la espada, se deslizó por una membrana intercostal y atravesó el pulmon.

—¿Duraré mucho?—pregunté al médico.

Pero al mismo tiempo se me llenó la boca de sangre y supe lo que deseaba. Ni siquiera tuve necesidad de ver, ántes del desmayo que me acometió, su rostro alarmado, para saber que era hombre muerto; sólo que en vez del anhelado término inmediato, tenia en perspectiva lenta y repugnante agonía. Fugitivamente, y como un sueño, pasaron por mi imaginacion Niza, Pau, el Cairo, donde se me veria toser y escupir mi vida. Era mala suerte, pero, al fin, el objeto principal se habia alcanzado, y algunas semanas más ó ménos de sufrimiento significaban poco, comparadas con la certidumbre de haber terminado para siempre el drama descorazonador que se llama la vida.

Trasladáronme á una casa de campo situada á

corta distancia. Durante algunos días permanecí en ese estado de postracion que alterna con la calentura, en el cual las ideas llegan al debilitado cerebro como á través de una niebla. Despues aumentó la fiebre, y el delirio no me abandonaba. Era un beneficio que debia á la naturaleza, porque el delirio me daba lo que la realidad me habia negado. Una sola imágen habia ante mis ojos, y minuto por minuto, revivia el corto pasado, resúmenes de toda mi existencia. Los detalles más insignificantes acudían á mi imaginacion. A veces, en el silencio de la estancia, oia resonar las puras y graves inflexiones de su voz que tantos estremecimientos habian causado á mi alma. Veía su cara, su cuerpo, hasta el vestido que llevaba, y sin cesar estaba presente en mi imaginacion y ante mi vista.

A veces, sentada junto á mi lecho, pálida y llorosa, me pedía vivir. A veces se incorporaba altiva, dándome un adios de despedida. Con frecuencia la estrechaba en mis brazos, y sus ojos me lanzaban de nuevo aquella mirada de sobrehumana pasion que les hizo brillar un momento; la cinta de su peinado se desataba, sus cabellos de oro se esparcian, envolviéndome en sus ondas, y respiraba su embriagador perfume.

Pasaron algunas semanas y estuve ya bastante bien para poder partir. El día de la marcha el médico me reconoció, me auscultó y frunció el ceño.

—¿Qué veis, doctor?—le dije.—Habladme con franqueza, porque tengo que tomar algunas determinaciones. ¿Qué pensais de mí?

Aquel excelente hombre no anduvo en rodeos para decirme su parecer.

—Con muchas precauciones, grandísimas precauciones, y un clima cálido, durareis algun tiempo; pero la menor imprudencia tendrá fatales resultados. Y no hay para qué decir... una emocion violenta... ya comprendeis.

—Comprendido; gracias, doctor.

La víspera de mi partida tuve la visita más inesperada. Vi entrar al general V...

—Supe lo ocurrido y dónde estabais, y vengo á saber cómo seguís—dijo sencillamente, tan sencillamente que me pareció natural su visita.

Se acercó, me cogió ambas manos y añadió:

—¡Qué locura!

Sentóse junto á mí. En aquellas seis semanas habia envejecido tanto que se le veía encorvado y con arrugas. Al principio ambos pudimos sobreponernos á nuestra situacion, hablando de cosas indiferentes. Le pedí y me dió noticias de Lucerna, de las personas que habian partido y de las que habian llegado á la fonda. M. y Mme. Diloir se habían dirigido á Suez, pasando por

Italia; el marqués había salido para Francia, pero sabido es que todos los caminos conducen á Roma.

—Nosotros tambien nos vamos pronto—añadió; —creo que á fines de semana.

Callamos durante un momento. El general dió varias vueltas por la habitacion. Teníamos el mismo pensamiento y ninguno de los dos se atrevia á hablar el primero. Por fin el general se detuvo junto á mí y con dulzura, á media voz y volviendo la cabeza, me dijo:

—Ella no está completamente bien, y vivo alarmado... muy alarmado.

—¿Está enferma... gravemente?

Debí ponerme tan pálido que el general me miró asustado.

—No está precisamente enferma. Al ménos de nada se queja; pero sufre mucho. Lo más terrible es que guarda para sí sus ideas y sus dolores. Se reconcentra en sí misma; nadie puede ayudarla, y, sin embargo, esto la serviria de consuelo.

Y con la ancha mano cubrió sus ojos.

Hay momentos en que las palabras parecen ineficaces para expresar las emociones que luchan en el fondo del alma. Intenté hablar, y mis temblorosos labios no obedecieron á mi voluntad. ¿Qué palabra no era, ó una profanacion de mi amor, ó una herida cruel en el corazon de aquel hombre que con tanta lealtad soportaba su dolor?

El general partió.

Me restaba sólo un gran deber. Habia hecho un juramento, y era preciso cumplirlo.

De vuelta en Paris, me presenté en casa de la condesa K... calle de Courcelles. La condesa K... es mi tia la bretona, de quien ya te he hablado. Todos los años viene á Paris desde el rincon de su provincia con una de sus hijas, que ordinariamente logra casar ántes de que termine el invierno, hecho lo cual, vuelve á Bretaña. Tenia ahora la quinta, que en su corazon me estaba destinada de largo tiempo atras, segun decia.

Mi fuga á Suiza la habia incomodado. Recibíome con una actitud reservada, llena de reticencias.

Las madres piadosas de hijas casaderas tienen siempre una acogida especial para los elegidos, á quienes no desesperan convertir á la religion y al matrimonio. Sus discursos son melosos como palabras de abate, y alarmantes como la sensacion de un nudo corredizo que se aprieta á la garganta.

La noticia de mi desafio habia llegado á sus oídos, y no sabia á punto fijo á qué atenerse sobre el motivo del duelo, ni acerca de las intenciones con que volvia al hogar doméstico, por lo cual, sin abandonar la estudiada reserva, procuró hábilmente tantear el terreno.

Cuando mi tia y yo quedamos solos, aproximé

un taburete á su butaca, y sentándome á sus piés, le pronuncié el siguiente discurso:

—Querida tia; soy el peor de los hombres, mil veces más pagano que esos niños chinos para los cuales haceis colectas, y valgo ménos que el último de esos patagones á los que enviais gruesas medias, hechas por condesas: jamás voy á las conferencias; tengo la perversidad de no admirar la virtud de las jóvenes feas, y he huido indignamente ante vuestros sabios consejos. Ya veis que empiezo por reconocer todas mis faltas; pero tengo una buena cualidad; la de arrepentirme, y la prueba es que vuelvo como el hijo pródigo, decidido á cuanto sea preciso para merecer el cielo, á ir mañana al confesionario si se me exige... y, sobre todo, á casarme.

El efecto de mi arenga, y especialmente de su conclusion, fué instantáneo. Sentí los brazos de la condesa rodear mi cuello, y el bautismo de sus lágrimas caer sobre mi frente.

—¡Qué felicidad! ¡Gracias, Dios mío!—exclamó.

La devota y la madre se confundian en esta exclamacion.

—Vuestra alegría me conmueve, querida tia, y no quisiera aminorarla, pero he olvidado un pequeño detalle que, sin embargo, debo referir. Tengo en el pecho una estocada, que, segun todas las probabilidades, me permitirá vivir unos seis meses. No os alarmeis, porque esta circunstancia servirá tan sólo para acelerar la ejecucion de nuestros proyectos. Si esperase larga vida, quizá no me casara, porque carezco de las virtudes necesarias para el matrimonio; pero, en el estado actual de las cosas, estos escrúpulos son inútiles. En mi concepto, puedo ofrecer garantías de felicidad más eficaces á mi viuda que á mi esposa. Acaso opineis como yo, y si la perspectiva de una libertad próxima no espanta demasiado á mi prima, os pido su mano.

—Vuestra eleccion me agrada, sobrino; pero no opino como vos. A vuestra edad no mata un rasguño. Vivireis cien años y hareis feliz á mi hija.

El resto de la frase se perdió entre un nuevo acceso de ternura.

Mi prima era persona muy razonable, de muy buen sentido y muy serena. Tomó las cosas con calma, reflexionando que en este mundo no hay felicidad completa. Verdad es que mi tia sostiene no haberle dicho palabra de mis negros sentimientos, fundándose en que no los cree; pero, entre nosotros, pareceme que ambas están cristianamente sometidas y resignadas á lo inevitable. Esto es lo mejor que podia suceder en último caso. El pequeño espacio que queda para la ternura en el carácter de mi prima, libra á mi conciencia de un gran peso, porque, de notar en esta niña al-

guna afición á mi persona, acaso hubiera retrocedido en el último instante.

Mi único deseo en la actualidad es que terminen pronto estas cosas. El juramento que voy á cumplir es el único lazo que me une á ella, y me importa cumplirlo más que la propia vida. ¡Ah! amigo mio, la amo, la amo como expresarlo sería imposible. Mi cerebro y mi corazón se extasían pensando en ella. Tengo impulsos de felicidad y retrocesos de desesperación que toda la fuerza de mi voluntad no puede dominar. El relámpago que iluminó nuestras cabezas la noche de la terraza, era algo más que la pasión. Nuestros corazones se confundieron, y no he vuelto á encontrar el mío.

La fiebre no me deja. Paso noches sin dormir, durante las cuales cada pulsación de mis arterias es un llamamiento desesperado al corazón, que acaso me entiende; y cuando me presento por la mañana, mi tía me examina con alarmados ojos.

—Tranquilizaos, tía, aún viviré algún tiempo.

Y, sin embargo, si volviera á verme el doctor suizo, imagino que restaría días del medio año que me dió de vida.

IV.

Nápoles, Diciembre.

Una mañana recibí de Nápoles terrible noticia. ¡Había muerto!

Muerto, según me decían, de una enfermedad de languidez; pero yo sabía bien lo que la quitaba la vida. Como el armiño no sufre mancha alguna en la blancura de su piel, ella no había podido vivir con un recuerdo en el alma.

Casado dos días ántes, todo lo abandoné y partí.

Vengo á morir á orillas de este mar y bajo este cielo que han recibido su última mirada. Acaso deban ellos decirme que me ha perdonado...

Estas líneas son el adiós postrero que te envío, mi mejor, mi único amigo. El médico acaba de decirme que no saldré de la noche, y comprendo que tiene razón... La vida era para mí enigma demasiado difícil, no he encontrado la solución á tiempo y por ello muero.

La pasión es fuego del cielo que acaricia á los débiles y abrasa á los fuertes. Morir abrasado por ella ¿debe deplorarse?

Hé aquí el problema.

¡Adios!...

(Revue des Deux Mondes.)

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Instituto antropológico de la Gran Bretaña é Irlanda.

LOS HABITANTES DE LAS ISLAS NICOBAR.

M. L. W. Distant, da lectura de una Memoria sobre los habitantes de Car Nicobar, la más septentrional de las islas Nicobar. Los elementos de este trabajo han sido recogidos personalmente por el autor, en Junio de 1868, pero hay que tener en cuenta que sus noticias no se refieren á las demás islas del mismo grupo, que son muy difíciles de visitar, y cuyos habitantes pasan por feroces y traicioneros.

Los naturales de Car Nicobar son de más estatura y de color más pronunciado que la mayor parte de los malayos; usan los cabellos muy largos, pero cuando están de luto, se los cortan al rape. Tienen una memoria excelente y gran aptitud para aprender las lenguas. Son de constitución robusta, y las enfermedades son casi desconocidas entre ellos. Son muy ingeniosos y se sirven con mucha destreza de los dedos de los pies para recoger del suelo objetos pequeños.

El traje de los hombres es bastante primitivo: consiste en un cinturón de cuerda que sujeta un trozo de tela que pasa por entre las dos piernas; sin embargo, en las grandes ocasiones y cuando se encuentran en presencia de extranjeros, los jefes y los notables usan trajes europeos que obtienen por medio de cambios con los capitanes de los buques. Las mujeres visten un trozo de tela, mayor que el de los hombres, enrollado alrededor de las caderas, sujeto sobre el pecho y caído hasta las rodillas. Usan anillos en la nariz, y las orejas taladradas por grandes agujeros, en los cuales ponen adornos de metal; también llevan collares de cobre y brazaletes por encima del codo y en las muñecas. Los hombres tienen en su mayor parte las orejas perforadas como las mujeres, y muy prolongadas por el peso de los discos metálicos. El azul es el color favorito de las mujeres, pero los hombres buscan para sus vestidos colores más brillantes y llamativos, especialmente el encarnado fuerte.

Las casas son cónicas ó en forma de colmena, y construidas sobre pilares; el techo es de paja larga artísticamente trenzada, y las paredes de bambúes entrelazados; se penetra en el interior por medio de una escala de bambú que quitan de noche. Estas moradas están, por lo general, agrupadas en número de diez ó doce, formando pequeñas aldeas, cuya vigilancia ejerce un jefe. M. Distant, que ha podido visitar una de esas habitaciones, ha encontrado en el interior mucha limpieza y cierta comodidad. En un rincón tenían fuego encendido, y del techo pendían unas figuras groseras que, según la explicación del propietario, representaban el primer hombre y la primera mujer. El viajero fué invitado á sentarse en un sillón de hermoso trabajo, construido sin duda por un modelo europeo. La mujer del jefe, que hacía á M. Distant los honores de su casa, estaba dando de mamar á un niño; los chicos de ocho ó diez años daban de comer á sus hermanos pequeños; en efecto, esta es la costumbre establecida; tan pronto como los chicos llegan á tener alguna

fuerza, se encargan de los pequeños y no los abandonan ni un momento, llevándolos siempre sobre la cadera izquierda.

Las ideas religiosas de los indígenas de Car Nicobar son muy vagas; creen en un espíritu bueno y en otro malo, pero temen particularmente al último, que habita, según ellos, en medio de las selvas del interior de la isla, porque nunca deja de castigarlos cuando faltan á sus palabras, cuando no se contentan con una sola mujer ó cuando hacen daño á sus vecinos. Sin embargo, M. Distant declara que los habitantes de aquellas regiones son muy notables por su lealtad; por ejemplo, cuando tratan con un capitán de un buque, se comprometen á entregarle en un día determinado, en cambio de las armas y vestidos que reciben por anticipado, cierto número de cocos, y jamás faltan á la hora convenida ni en la cantidad. Los robos y las muertes son casi desconocidos en la isla, y cada habitante, por lo general, sólo tiene una mujer á quien trata con las mayores consideraciones. Los trabajos que consisten principalmente en la recolección de los cocos, se dividen entre los dos sexos; los hombres suben á los árboles para arrancar los cocos, y las mujeres y los niños los recogen en el suelo y los trasportan dos á dos á la costa. Sin embargo, es preciso decir que, en ciertas épocas, los indígenas de Car Nicobar celebran grandes festines y se entregan á la borrachera; entónces, excitados por el licor fermentado, extraído de los cocos, se ponen á luchar con los cerdos, á cuyos animales irritan de tal manera, que los vuelven locos; estos combates son peligrosos algunas veces, porque los cerdos causan á los indígenas crueles heridas en las piernas.

Las canoas son de un solo trozo de madera, pero no de fabricación indígena; proceden de las islas vecinas y las adquieren por cambios; son embarcaciones primitivas, y como los habitantes de Car Nicobar son aventureros y no temen visitar las lejanas costas, los naufragios son muy frecuentes y ocasionan muchas víctimas.

En cambio de sus cocos, los indígenas piden generalmente escopetas, municiones, colchones, telas, rom, tabaco y collares de cobre. Son muy diestros en el manejo de las armas de fuego y disparan con los brazos extendidos sin apoyar en los hombros.

Su alimento consiste esencialmente en carne de cerdo y en pescados que matan á lanzazos; también hacen un gran consumo de batatas. Atribuyen influencia sobre la salud á las serpientes y otros animales, y para curar de ciertas enfermedades, se aplican círculos de acero bruñido alrededor de los brazos y de los dedos. Conocen, sin embargo, algunos medicamentos, como la quinina, las sales de Epsom, el aceite de resino, etc.

Hay generalmente un cementerio en el centro de cada aldea. A los muertos los envuelven en trozos de tela y los colocan en fosas, encima de las cuales ponen piedras adornadas con signos particulares muy raros. Sin embargo, dijeron á M. Distant, que al cabo de dos ó tres años se recogen las osamentas, se llevan á las orillas del mar, y los arrojan á los cuatro vientos.

Los indígenas son muy observadores, pero no dejan nunca conocer su sorpresa; son muy sensibles y no se someten voluntariamente á la servidumbre.

Al terminar su interesante comunicacion M. Distant expresa su sentimiento por no haber podido tomar medidas de las estaturas ni obtener ningun cráneo.

BOLETIN DE CIENCIAS Y ARTES.

Dentro de muy pocos dias se abrirá al público la exposicion regional que se está preparando en Madrid en el antiguo local de las exposiciones artísticas. Organizada y dirigida por una empresa en la cual figuran personas competentísimas, y reunidos ya grandes elementos, es seguro que vamos á presenciar uno de esos certámenes verdaderamente científicos, verdaderamente consoladores que nos indemnizan en algo de los sinsabores de la política. Fijándose la empresa en aquella region donde ciertas industrias aparecen más florecientes, ha llamado á concurso las provincias catalanas, las aragonesas, á Valencia, Alicante y Múrcia, y todas han respondido dignamente, á pesar de que en algunas existe la guerra civil y sus desgracias.

Esta exposicion y todos los elementos puestos en juego para ella se deben á la iniciativa particular, lo cual es de gran importancia en España, donde se ha creído por mucho tiempo que fuera de la accion administrativa ó gubernativa no se podian desarrollar los verdaderos adelantos.

Prometemos ocuparnos de este gran certamen tan pronto como quede abierto al público.

* * *

Ha fallecido en Paris el tan concienzudo como modesto escritor Carlos Romey, autor de una *Historia de España* muy apreciable, que por desgracia ha dejado incompleta.

* * *

Trátase de establecer una sociedad de agricultura y aclimatacion en Madrid, y ya hay suscritas más de la mitad de las doscientas acciones que se han de emitir. Las primeras suscripciones se han hecho por la nobleza y los grandes agricultores. Los objetos principales que se propone la sociedad son: mejorar las variedades ó razas de los vegetales y animales con destino á la agricultura é introducir las que han sido ya mejoradas en el extranjero; estudiar y experimentar los vegetales y animales nuevamente descubiertos ó que se descubran y puedan utilizarse en la economía rural y doméstica; popularizar el empleo de las buenas máquinas é instrumentos agrícolas; procurar la propagacion de los conocimientos científicos y prácticos al labrador por medio de publicaciones, conferencias, creacion de estaciones agronómicas, granjas modelos, jardines de aclimatacion, exposiciones, y, en una palabra, todo lo que pueda conducir al progreso y fomento de la agricultura en todos sus ramos. Las acciones son de 2.000 rs. cada una, pagaderos: 250 rs. al constituirse la sociedad; otros 250 el 1.º de Octubre próximo, y el resto cuando lo determine el consejo de administracion.

* * *

El coronel de ingenieros inglés, Mr. Gordon, ha conseguido destruir el banco que impedia la navegacion de gran parte del Nilo blanco, pudién-

dose en su consecuencia extender ésta hasta Gondokoro.

* *

El verdadero inventor de la máquina de coser que tantos millones está produciendo hoy á los fabricantes norteamericanos, fué un pobre sastre, Bartolomé Thimonnier, establecido en Saint-Etienne (Francia), é hijo de un tintorero de Lyon. Como sucede á la mayor parte de los inventores, tuvo que luchar con todo género de contrariedades; no llegó á obtener el premio de sus trabajos y murió en 1851 muy pobre, como había sido siempre, á la edad de sesenta y cuatro años.

* *

La galería de retratos del Ateneo científico y literario de Madrid se ha aumentado con los de los señores D. Julian Sanz del Rio, D. Juan Nicasio Gallego, y D. Ramon Llorente, pintados por los distinguidos artistas Pineda, Laberon y Taberner.

* *

Se ha concedido privilegio de invencion á don Pedro Casciari y Lobato, de Cartagena, por una máquina que tiene por objeto elevar aguas gratuitamente, utilizándolas en el riego de los campos; á D. Juan Baute y Muñoz, de Tenerife, por un aparato para hacer harinas; y á D. Luis Miron de Picher, de Roneu (Francia) por un sistema de fabricacion de dientes de cardas.

* *

M. Tissandier ha hecho en Paris una série de experimentos repetidos con objeto de fijar la naturaleza, cantidad y procedencia de las diminutas sustancias térreas que de continuo tiene la atmósfera en suspension, y que, no por no ser apreciadas á la simple vista, dejan de ejercer una influencia marcada sobre la salud pública, y áun sobre la fertilidad de los terrenos en donde irregular y paulatinamente se depositan. En esas ténues nubecillas de polvo, que la mayor parte de las veces no se pueden ver como no se miren al través de un rayo de sol, existe una gran cantidad de corpúsculos sólidos que aquel afamado químico ha sujetado al análisis, acusándole éste la presencia de materias orgánicas muy ricas en carbono y muy combustibles, cloruros y sulfatos alcalinos, nitrato de amoniaco, óxido de hierro, carbonatos de cal y de magnesia, fosfatos, alúmina y sustancias silíceas; es decir, la mayor parte de los elementos inorgánicos que sirven de base á la nutricion de los seres que forman los dos reinos vivientes. Véase, pues, qué papel tan importante representan en la fisica del globo esas impalpables sustancias que el aire suspende y los vientos arrastran despues de arrebatarlos, como despojos de descomposicion, á la tierra en que vivimos.

* *

En el monte de Codesás, provincia de Orense, se han encontrado seis losas de dos metros de altura por uno de ancho, con inscripciones en colorido, desconocidas para los habitantes de aquella comarca. La comision de antigüedad de Orense ha mandado en seguida individuos de su seno á estudiar este descubrimiento.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

ELEMENTOS DE ÉTICA Ó FILOSOFÍA MORAL, por U. Gonzalez Serrano y M. de la Revilla. Un tomo de 200 páginas en 8.º Librería de Murillo, Madrid, 1874.

Despues de la publicacion de la obra del señor Giner, *Lecciones sumarias de Psicología*, y de la del Sr. Gonzalez Serrano, *Elementos de Lógica*, de las cuales nos hemos ocupado en números anteriores de la REVISTA EUROPEA, era de una conveniencia absoluta, mejor aún, de una necesidad imprescindible, la publicacion del libro que anunciamos hoy, que inspirado en el mismo espíritu y sentido que las mencionadas obras, forma el complemento de las mismas y constituye con ellas un curso completo de Psicología, Lógica y Ética, acomodado para los alumnos de segunda enseñanza. Los Sres. Gonzalez Serrano y Revilla han dado satisfaccion á esta necesidad; y por cierto que lo han hecho de una manera muy notable, como era de esperar de sus talentos; aunque, convencidos de la necesidad de los textos escritos en la segunda enseñanza, han debido ceñirse, y se han ceñido en efecto, al carácter elemental y al sentido analítico que corresponde al expresado grado de enseñanza, exponiendo al mismo tiempo la doctrina con toda la claridad que las exigencias científicas y didácticas consienten. Por vía de preliminares la obra empieza con dos capítulos destinados á establecer el concepto, plan y relaciones de la ética, la fuente de su conocimiento, y el método que en su estudio y exposicion debe seguirse; y despues la obra se divide en tres partes, que se refieren á la teoría de la conciencia moral, á la teoría del bien como ley de la vida moral, y á la teoría del deber ó deontología. Con estos datos basta para comprender, que, como obra destinada á la enseñanza, es un modelo de orden y método, primera condicion necesaria en las obras de esta clase.

* *

LOS PEQUEÑOS POEMAS, por D. Ramon de Campoamor, de la Academia Española. Tercera edicion. Madrid, 1874.

Para el que conozca algunas de las obras de Campoamor no será un misterio, ni mucho ménos que en dos años se hayan hecho tres ediciones de este precioso libro. Primero se publicó la primera parte, conteniendo los poemas *El tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas* y *Dulces cadenas*. Poco despues vió la luz la segunda parte, compuesta de los titulados *La historia de muchas cartas*, *El quinto no matar*, *La calumnia* y *Don Juan*; y despues de la segunda edicion de ambas partes, se publica ahora la tercera en un volumen, conteniendo los poemas expresados, y además, por vía de aumento, *Las tres Rosas*, *Dichas sin nombre* y *Las flores vuelan*. Quédese para otros el juicio crítico de estos poemitas; á nosotros nos basta dar cuenta de esta publicacion, sin más elogio, y no es poco, que el título del libro y el nombre de su autor.